

REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO I = BOGOTÁ, JUNIO DE 1915 = N.º 6.º

BOGOTÁ

I

BOGOTÁ, que en 1865 contaba al rededor de 35.000 habitantes, llega hoy a 140.000; en medio siglo ha cuadruplicado su población (1). En el año citado tenía la ciudad 2.720 casas; este número alcanza hoy a 9.000, con extensión de siete kilómetros de norte a sur y de más de tres de oriente a occidente. En 1867 existían ocho escuelas públicas; hoy el Municipio costea cincuenta y cuatro y un Taller de Artes y Labores Manuales para señoritas (2). El servicio de vigilancia era prestado de manera irregular y sólo durante la noche por un cuerpo de voluntarios llamado de *Serenos* constante de veinte unidades; hoy lo es por ochocientos Agentes que se alternan en las veinticuatro horas del día. El número de coches, en su

(1) Por los años de 1670 a 1680 no contaba Bogotá sino 3.000 vecinos; al principio el siglo XVIII no alcanzaba a 10.000; según el censo de 1723 tenía 20.000 habitantes y 1770 casas; en 1776 dio el censo 19.479; en 1793 contaba 17.025 habitantes; el *Correo Curioso* publicó en 1801 un padrón cuyo total alcanzó a 21.394 almas; el censo de 1843 dio 40.086; el de 1851 dio 29.649, sin duda por error al levantarlo; el de 1870 dio 40.883; el de 1881, 84.723 y el de 1884 dio por total 95.813 habitantes (*Crónicas de Bogotá* por Pedro M. Ibáñez, Tomo I).

(2) Con gasto anual de \$ 51.960.

mayor parte de propiedad particular, no alcanzaba a media docena; hoy se hallan registrados en la Inspección de Tráfico ciento ochenta carruajes y cincuenta y seis automóviles. Veinticinco reverberos de petróleo constituían el alumbrado de la ciudad; el Municipio costea actualmente mil novecientas treinta y seis lámparas eléctricas de veinticinco bujías y cincuenta de setenta y cinco (1). Las basuras domiciliarias eran arrojadas por cuenta de los vecinos bien al cauce de los ríos o a los *caños* que al aire libre corrían por mitad de las calles; hoy el servicio municipal de aseo cuenta con sesenta carros que las recogen a domicilio y con un personal de doscientos barrenderos de calles; esto sin contar con adecuado personal en los respectivos talleres de herrería, carpintería y talabartería (2). Ni un jardín público entonces, ni un teatro, ni acueducto ni servicio urbano de coches. En vez de las diez y ocho estatuas y bustos que decoran en la actualidad parques y edificios nacionales (3), sólo existía un monumento; cierto es que constituía una magnífica obra de arte: la estatua de Bolívar por Tenerani, obsequiada a la ciudad en 1846 por un particular, el benemérito ciudadano don José Ignacio París.

Las breves consideraciones anteriores alcanzan ya a dar idea de la transformación efectuada en Bogotá durante los últimos cincuenta años. Se inicia este movimiento de progreso durante la primera administración del doctor Núñez (1880) y se encauza de manera definitiva durante el gobierno del general Reyes. Las alcantarillas comienzan a reemplazar a los caños de ingrata recordación, y abren las vías públicas al tráfico de vehículos de rue-

(1) Con gasto anual de \$ 25.000.

(2) Con costo anual de \$ 53.982.

(3) Incluimos la estatua de don Miguel Antonio Caro por encontrarse en la ciudad, aun cuando no ha sido inaugurada.

das (1). Se construyen andenes de piedra y se adoquinan las calles principales. Se abren al público los jardines del Centenario, de Santander y de los Mártires y se inauguran en ellos dos monumentos y una estatua. Se celebra un contrato para la construcción del Acueducto público, el que vendrá a sustituir el sistema de acarreo de agua de las pilas y *chorros* coloniales, a domicilio. Con sorpresa de los bogotanos, quienes se preguntaban qué negocio podrían hacer los concesionarios, una Compañía americana empieza a tender rieles, o mejor zunchos de hierro, por la desierta carretera que unía a la ciudad con el desmedrado caserío de Chapinero, formado éste por una capilla en ruinas y una docena de casas pajizas; nadie podía imaginar entonces que Chapinero llegaría a ser, merced a aquellos zunchos, el más pintoresco de los barrios de Bogotá y la Empresa del Tranvía, el más valioso de los bienes municipales. El Gobierno Nacional echa los cimientos del Teatro de Colón, uno de los más bellos de América, y una Compañía particular edifica el Teatro Municipal. Llega a la ciudad la primera locomotora del Ferrocarril de la Sabana (2) que facilita el acceso a la capital y se coloca el primer riel del que habrá de unir a Bogotá con el extremo norte de la altiplanicie. Pocos años después se abrirá al tráfico el Ferrocarril del Sur.

Al mismo tiempo el Cabildo empieza a legislar sobre salubridad y ornato. Se crea la Dirección de Higiene Municipal, se establecen los impuestos de aseo, alumbrado y vigilancia, que luégo habrán de derogarse, y se prestan los servicios correspondientes si no en forma perfecta, a lo menos con el deseo de marcar una etapa de progreso en la ciudad. La iniciativa particular coadyuva a la acción oficial: se levantan edificaciones de buen gusto ar-

(1) Durante la Alcaldía del progresista señor don Higinio Cualla.

(2) Obra iniciada por el Gobernador de Cundinamarca general don Daniel Aldana.

quitectónico; se abre al público el Hipódromo de la Magdalena, adonde durante muchos años se dio cita la sociedad bogotana en las temporadas de carreras; se construye un circo de toros y se destierran las salvajes corridas de las plazas de la capital sin excluir la de Bolívar. Compañías particulares establecen el servicio urbano de carruajes con tarifas fijas por horas y carreras (1) y se forman Juntas de embellecimiento que proveen a la conservación de los jardines públicos y plantan árboles en las principales avenidas.

La población crece y se ensancha el radio de la ciudad. Si las rentas municipales aumentan, también aumenta en proporción el presupuesto de gastos. Hay necesidad de abrir nuevas escuelas públicas, Inspecciones de Policía y Juzgados Municipales; crear oficinas que como la Inspección de Tráfico y la Administración de Obras Públicas, eran hasta entonces innecesarias. Se organizan nuevos e importantes servicios como la Oficina Municipal de Mendicidad y la Clínica de enfermedades venéreas, que tan satisfactorios resultados obtiene para la salubridad pública. El personal de las dependencias municipales aumenta en relación con el mayor número de asuntos que en ellas se tratan, así como el auxilio que la ciudad concede a diversos establecimientos de beneficencia (2). Entre estos debemos recordar los Asilos de Indigentes, dependientes de la Junta General de Beneficencia, en donde se hallan asilados mil trescientos mendigos de ambos sexos, el Dormitorio de Niños Desamparados y el Hospital de la Misericordia, para niños pobres, fundado por el doctor don José Ignacio Barberi.

(1) Los señores E. Cuervo Márquez & Plata Uribe fueron los primeros en organizar el servicio de coches urbanos. En 1898 introdujeron de Francia 25 coches victorias y fijaron las tarifas de precios e itinerario de distancias que se hallan en vigor todavía.

(2) Con costo anual de \$ 13.000.

En tanto que la acción oficial contribuye al sostenimiento de algunos establecimientos de caridad, ayudados por la filantropía pública el canónigo don Manuel M. Camargo funda el Asilo de San Antonio (Infancia Desamparada) y las Hermanitas de los Pobres el Asilo de Ancianos, los cuales funcionan en hermosos y cómodos edificios. La Sociedad de Cirujía adelanta la construcción del Hospital de San José sobre planos modernos; la Junta General de Beneficencia, que tan valiosos servicios presta a Bogotá, construye el Manicomio, obra cuya necesidad se hacía sentir desde hacía largos años y la cual es una de las de mayor aliento que jamás en este ramo haya emprendido la ciudad; con fondos propios el señor Arzobispo de Bogotá emprende la construcción del edificio de San Bernardo, destinado a escuela de instrucción para obreros, y el señor don Lorenzo Cuéllar dona a la ciudad un magnífico edificio destinado al mismo objeto.

Por todas partes, como se ve, la iniciativa particular, aislada o apoyada en la acción oficial, levanta asilos y escuelas. Ello sin hablar de los establecimientos que funcionan regularmente desde hace más de quince años, y entre los cuales debemos mencionar la Escuela de Oficios Domésticos para mujeres, dirigida por Hermanas Dominicas, el Taller de Artes y Oficios y la Escuela Nacional de Artes y Oficios, regidos por Salesianos y Hermanos Cristianos respectivamente, y el Taller Nacional de Tejidos que funciona bajo la dirección de Hermanas de la Caridad.

Durante la administración del general Reyes se marcó definida época de progreso para Bogotá. Las fiestas con que la ciudad conmemoró el Centenario de la Independencia nacional señalan de manera gráfica el principio de la nueva era. Sin hablar de la iniciativa oficial y del apoyo eficaz que el Gobierno prestó para el embellecimiento de la ciudad, debemos apuntar tres circunstan-

cias que fueron decisivas para el progreso de que hablamos: el haberse extendido a todo el perímetro de la ciudad el alumbrado público, el haber extendido su red de líneas el Tranvía Municipal y el haberse resuelto por el asfalto el problema de la pavimentación de las vías públicas.

Sin ellas no existirían hoy ni el parque del Bosque, ni el Paseo Bolívar, ni los teatros de la parte norte de la ciudad. Como hasta hace treinta años, sólo las calles más próximas a la Plaza de Bolívar serían accesibles a los bogotanos; y la ciudad, durante la noche, continuaría con el aspecto lóbrego y monacal que la distinguió por cerca de cuatro siglos. Se decía, y con sinceridad, que en Bogotá era imposible el salir de noche, por causa del frío. Mentira: era que faltaba luz, buenos pisos, medios de locomoción, policía y diversiones. Desde este último punto de vista, el cine ha contribuido como elemento de primera importancia para acentuar la diferencia entre las costumbres del Santafé que se va y las del Bogotá moderno que nace. Al ver la Avenida de la República a la hora de salida de los teatros, ¿quién podría reconocer en ella el vetusto Camellón de Las Nieves, de hace treinta años? Las calles del Panteón, de las Véjarres, del Arco, se han convertido en calles 20, 21 y 16; si don Angel Ley renovara hoy sus nocturnas aventuras, sería conducido a la Inspección de Permanencia por el Agente de vigilancia; y las viejas crónicas se destiñen, se van y se olvidan.

En este movimiento de transformación han influido de manera poderosa los ferrocarriles que parten de la ciudad y muy especialmente el de Girardot. Diariamente ellos desembarcan en la ciudad un importante cargamento de población flotante que le presta un pequeño aire cosmopolita y de movimiento de que antes carecía. Ella contribuye a dar vida a teatros, almacenes, tranvía y paseos

públicos. Pero esa masa flotante cumple una función más trascendental: la de permitir que se pueda transitar de uno a otro extremo de la ciudad sin conocer a nadie, y lo que es mejor todavía, sin que nadie nos conozca.

Muchas y variadas son las conquistas adquiridas en los últimos cincuenta años: teatros, orfelinatos, ferrocarriles y tranvía, acueductos y alumbrado, pisos y servicio de policía. La ciudad se moderniza. El humo de las fábricas empaña el hasta ayer inmaculado cielo azul. Inventos recientes: teléfono, cinematógrafo, tracción y fuerza motriz eléctrica, se aclimatan en ella fácilmente. Las empresas periodísticas abandonan los viejos cuartos húmedos en donde se escribieron los editoriales de *El Tradicionista* y de *El Relator*, y se instalan confortablemente en lujosos edificios. Empieza—¡quién lo hubiera creído hace veinte años!—a ser buen negocio escribir para el público. Ciertas calles, en ciertos momentos, dan la rápida visión de una calle de París o de una avenida de New York....

Sin embargo, ¡cuánto nos falta por hacer!

II

¡Cuánto nos falta por hacer! Para comprender de manera completa el sentido de esta afirmación, es preciso haber pasado por la Alcaldía de Bogotá. Entonces se comprende cómo en materia de higiene moral y material Bogotá es la capital más atrasada de Hispanoamérica. Salubridad y ornato, higiene y embellecimiento son, tratándose de una ciudad, palabras sinónimas.

Bogotá tiene un acueducto, pero ¡qué acueducto, Dios mío! El servicio que presta es el de traer en tubos directamente de la fuente al vaso, sin que pase por filtro alguno, el agua de un riachuelo en cuyas cabeceras se le-

vantan decenas de habitaciones cuyas deyecciones y detritus van a la corriente, como a una alcantarilla. Los tubos conductores corren, por lo general, paralelos a las cloacas, no pocas veces por entre ellas: un escape de agua implica una contaminación, en especial de noche, cuando se suspende el servicio y se establece poderoso trabajo de aspiración en los tubos vacíos. Hemos dicho que el agua viene directamente de la fuente al vaso: es un error. En el trayecto el agua se derrama en un vasto depósito de repartición, situado a la vera de un camino público y dominado por una colina a donde no llegan los vigilantes del ramo de aseo, pero sí los habitantes de los alrededores. . . . En estas condiciones se comprende fácilmente cómo el tifo y la disenteria son enfermedades endémicas en la capital (1).

También tiene Bogotá un hospital. Situado en el corazón mismo de la ciudad, el de San Juan de Dios, no obstante los esfuerzos de la Junta General de Beneficencia y de algunas mejoras introducidas recientemente, continúa siendo una mansión de horror. En el año de 1914 albergó a 7005 enfermos, de los cuales murieron 838. Una fuerte proporción de los que salieron por puerta diferente a la del anfiteatro, seguramente fueron a morir a sus hogares, víctimas de la terrible tuberculosis contraída en las salas del hospital. Increíble es la proporción que el flagelo, que hasta hace pocos años era casi desconocido en Bogotá, ha alcanzado en la estadística de mortalidad. El diezma la población, y en especial a las clases proletarias, en relación mayor que el tifo, la pulmonía y la disenteria reunidos. Mejor dicho, estas enfermedades, por lo general,

(1) Durante la Administración de don Manuel M. Mallarino (1912) se llevó a efecto la importante obra de conducir a la ciudad una parte de las aguas del río San Cristóbal. Hasta 1912 el acueducto del barrio de Chapinero se surtía del agua de la quebrada de *La Vieja*; durante la Administración de don Emilio Cuervo Márquez (1913) se captaron las dos terceras partes del agua de *Las Delicias*, aumentándose así considerablemente la capacidad del acueducto de este barrio.

toman forma o tienen origen tuberculoso. ¿Y cómo remediarlo? No existe un hospital para tuberculosos; ellos no pueden ser aislados en el de San Juan de Dios, y el servicio de higiene, falto de recursos, tiene que contemplar impotente la propagación y el contagio del mal.

Hemos dicho que Bogotá cuenta con una red de alcantarillas. Chapinero no la tiene. Pero ha de saberse que ellas han sido hechas por cortas secciones, en épocas diferentes, sin que su construcción obedezca a un plan general de desagües, de donde resultan problemas insolubles para el departamento de Ingeniería municipal. Acontece frecuentemente que albañales contruidos hace veinte años, que en su tiempo eran capaces para contener determinada cantidad de agua, hoy resultan insuficientes por el aumento de edificaciones y habitantes: de aquí frecuentes explosiones, en especial en tiempo de lluvia, con serio detrimento de la salubridad pública (1). El problema de desagüe de los albañales en condiciones higiénicas, en los afueras de la ciudad, en donde se encuentran muchos de los hatos que proveen de leche a Bogotá, no ha sido resuelto todavía.

Paralelo con el problema de los albañales corre el de cubrir el cauce de los ríos San Francisco y San Agustín, riachuelos que arrastran sus aguas infectas de oriente a occidente al través de los barrios más poblados de la ciudad. El día en que esta importante medida se lleve a efecto, lo que hoy es continuado foco de infección se convertirá en hermosas y extensas vías públicas.

En tanto que ciudades de menor importancia poseen en Colombia plazas de mercado construidas de hierro,

(1) Según disposiciones municipales el valor de las alcantarillas debe ser costeadado por los vecinos. De aquí la desesperante lentitud en su construcción y los vicios apuntados. Más conveniente sería que ellas fuesen pagadas por el Municipio y construidas según un plan general de nivelación: la ciudad podría cobrar una pequeña tasa por el derecho de derrame de aguas sucias.

higiénicas y confortables, la de Bogotá continúa siendo lo que era hace medio siglo. ¿Cómo se comprende una dependencia de esta naturaleza, sin agua y sin *water closets*? El Municipio tiene que demoler la vetusta edificación actual, sustituirla por otra que reúna las condiciones requeridas y construir locales para mercados públicos en otro u otros barrios de la ciudad.

Bogotá carece también de Matadero para ganado mayor y menor: lo que hoy existe como tal, situado en la margen de un caudaloso albañal, constituye el más repugnante foco de insalubridad e infección que pueda ser imaginado. No nos atreveríamos a aconsejar una visita a estos lugares a los sibaritas de los *chateaubriand*, *roast beef* y *surloin steak*.

Bogotá tiene cinco teatros y carece de locales para sus escuelas; posee un Capitolio que honra a la Nación y carece de una Casa de Corrección para Menores, lo que la deshonra.

En el presupuesto de gastos vigente (1915) se halla apropiada la suma de \$ 18.720 anuales para pagar el valor de arrendamiento de locales para escuelas públicas. Estas funcionan, por lo general, en casucas sin ventilación, ni sol, ni aire, que el municipio, por carecer de locales propios, se ve en la necesidad de tomar en alquiler. Nos cupo la satisfacción de iniciar la consecución de un empréstito nacional que, garantizado con la suma expresada y con el valor de los nuevos edificios, se aplicaría a construir centros escolares, que pudieran ser en número de ocho o diez, y que reemplazarían las cincuenta y cuatro escuelas existentes. Dichos edificios, de acuerdo con la arquitectura escolar moderna, pudieran ser simples tinglados, bañados de luz y de aire, con su patio para ejercicios, su piscina y su gimnasio.

En lo referente a Casa de Corrección para Menores, debemos confesar que la más dolorosa impresión recibi-

da en la Alcaldía de Bogotá tuvo por causa el sentirnos sin medios para contener la propagación del vicio en niños a quienes hubiera salvado un régimen de disciplina, de suavidad quizás. Hé aquí el diario problema que tenía que confrontar el Alcalde de Bogotá. ¿A dónde enviar a niñas que se inician en la vida y a quienes los Agentes de vigilancia sorprendían errando en las vías públicas? Algunas de ellas eran recibidas por cortos días y por favor especial en el Asilo de Mendigos! Por regla general la Alcaldía se veía forzada a ponerlas en libertad. La Casa de Corrección para Menores constituye la primera necesidad de orden moral que tenga Bogotá. Es inexplicable cómo la iniciativa pública se ha mostrado indiferente ante problema de tanta trascendencia y de tan sencilla ejecución.

Resolver de manera científica y equitativa el grave asunto de sus aguas potables; emprender en el alcantarillado público y estar en situación por lo tanto de suprimir los postes de la Compañía de Energía Eléctrica y de la de Teléfonos; edificar Matadero, Plazas de Mercado y locales para sus escuelas; propender por la construcción de barrios obreros; electrificar y ensanchar la red de líneas del Tranvía Municipal (1); construir hornos de cremación para las basuras domiciliarias y fundar sendos cementerios en los barrios de Chapinero y de las Cruces; pavimentar en asfalto las principales arterias de la ciudad y ensanchar diversas vías públicas; poseer planta eléctrica propia para el alumbrado municipal; alcantarillar los ríos San Francisco y San Agustín; mejorar sus servicios y al mismo tiempo que higienizar y embellecer la ciudad, aumentar de manera considerable el producido de sus rentas: hé aquí esbozados los lineamientos ge-

(1) Esta red cubre actualmente una extensión de 14.595 metros, distribuida así: electrificada, 12.109; de tracción animal, 2.486.

nerales del programa que Bogotá tiene que cumplir para llevar a efecto su definitiva y científica transformación.

¿Se halla la ciudad en capacidad de llevar a efecto una parte siquiera de aquel programa?

Es lo que nos proponemos analizar, aun cuando someramente, en las siguientes líneas.

III

El presupuesto anual de rentas de la ciudad asciende hoy a la suma de \$ 641.939-84. De esta cantidad deben deducirse las partidas referentes al producido del Tranvía Municipal (\$ 227.020) y del Acueducto (\$ 69.700), cuyo valor, por tratarse de dependencias cuyo manejo y recaudación e inversión de fondos corresponde a Juntas autónomas, no entra a la Tesorería Municipal. Se tiene entonces que el monto efectivo del Presupuesto de Rentas es de \$ 345.219-84, igual al de Gastos.

De esta suma se destina la cantidad de \$ 9.720 para sueldos del personal de la Oficina de Higiene (1) y la de \$ 27.793-13 para gastos de material del Departamento de Obras Públicas. Lo exiguo de las partidas referentes a dos de los más importantes servicios, el de Higiene y el de Obras Públicas, nos dan idea de la modestia de la vida municipal y de la incapacidad en que el actual Gobierno se encuentra para presidir ningún movimiento de progreso. Nuestros ediles no transformarán la capital con \$ 28.000 anuales. Y ojalá que esta suma no tuviera aplicación y constituyese un superávit. Pero ella está desti-

(1) Con sorpresa hemos visto que en el Presupuesto vigente el señor Alcalde, quizás movido por un sentimiento de pudor que respetaríamos en un particular, no incluyó partida alguna para auxilio a la Clínica de Enfermedades Venéreas, lo que implica su clausura. Tampoco apropió partida para material de la Oficina de Salubridad ¿Cómo se comprende el servicio de Higiene sin dinero y por lo tanto sin elementos para atenderlo, señor Alcalde?

nada a mil pequeños trabajos de conservación de lo existente, sin los cuales la ciudad quedaría bien pronto en completo abandono.

Como se ve, el Municipio carece de recursos propios para llevar a término la realización de una parte siquiera del programa enunciado (1). Réstanos analizar si se halla en capacidad de resolver sus problemas de salubridad, ornato y comodidad pública sobre las bases de sólida capacidad credital.

Sin insistir en el hecho de que una capital en cuyo Presupuesto no aparece partida para atender a gastos de higiene pública, difícilmente puede aspirar a gozar de crédito, veamos si su Hacienda, compuesta del valor de sus rentas y del de sus propiedades, puede en un momento dado garantizar su crédito hasta alcanzar la suma que la ciudad necesita para resolver los problemas de que venimos hablando (2).

Suponiendo que se hallase prestamista que aceptase como seguridad de un empréstito la totalidad de las rentas municipales, bien pronto se convencería de que del total habría que deducir las partidas relativas a impuesto de aseo (\$ 67.000) y a impuesto de alumbrado (\$ 30.000),

(1) Al suscrito cupo la satisfacción de crearle rentas a la ciudad por un total de cerca de \$ 60.000 anuales, de haber influido en la expedición de la Ley 97 de 1913 que concede autorizaciones especiales al Municipio de Bogotá y de haber iniciado el auxilio de \$ 100.000 que el Congreso de 1913 votó para compra del Acueducto. A este respecto séanos permitido reproducir el concepto del ilustrado Rector de la Facultad de Ingeniería y ex-Presidente de la Municipalidad, doctor don Alberto Borda Tanco, emitido en la *Exposición Histórica* presentada al honorable Concejo de 1913:

«Están echados los cimientos del futuro progreso y adelanto de la capital de la República no sin vencer enormes dificultades, que es lo que ha procurado realizar este Concejo, y gracias a la hábil dirección superior del actual Alcalde doctor Emilio Cuervo Márquez, quien ha mejorado los servicios públicos a tal punto que hoy las rentas establecidas producen el máximo de rendimiento posible».

(2) Hemos sido adversos a la idea de que el Municipio comprometa su crédito por sumas de escasa consideración que no le alcancen para acometer las más importantes de aquellas obras que reclama de manera imperiosa el progreso de la ciudad.

las cuales no pueden ser materia pignorable hasta tanto que tales contribuciones no sean legalizadas. El saldo de \$ 248.219-84 que aparece destinado exclusivamente para pago de sueldos, carece por la misma naturaleza del objeto en que se le emplea, de todo valor como garantía. Aparte de que nosotros no sabemos, ni lo sabría tampoco el prestamista por muy avisado que fuera, de dónde tomaría el Municipio las partidas que habrían de cubrir intereses y fondo de amortización de un empréstito.

Creemos haber demostrado que las rentas municipales, en su organización actual, no tienen capacidad de respaldo en la cuantía requerida por las necesidades de Bogotá. Nos resta averiguar si tal capacidad existe en otras propiedades municipales, entre las cuales figuran como de primera importancia el Tranvía y el Acueducto.

El producto líquido de la Empresa del Tranvía en el año de 1913, alcanzó a la suma de \$ 122.500 que a la rata del 10.2 por 100 equivale al interés de \$ 1.200.000. Creemos que los rendimientos de la Empresa en el año de 1914 elevan el capital a \$ 1.500.000. Sobre esta suma el Municipio adeuda \$ 800.000 a los prestamistas colombianos que suscribieron el empréstito para comprar la Empresa a la Compañía americana. ¿Qué suma en préstamo puede garantizar esta Empresa aun suponiendo su valor en \$ 2.000.000 y en perfecto estado de servicio su planta eléctrica y su material rodante? Recordamos que hace poco el Gobierno Nacional alcanzó a conseguir \$ 1.000.000 con garantía del Ferrocarril de la Sabana. En todo caso puede afirmarse que la suma que el Municipio pudiera conseguir por este medio no llegaría a solucionar su situación fiscal ni sus problemas de actualidad.

En lo que hace referencia al Acueducto, sabido es que él no puede constituir todavía recurso rentístico alguno para el Municipio. La Empresa se halla pignorada por el

Banco de Crédito Hipotecario, quien le dio a préstamo la suma de \$ 320.000, en cédulas hipotecarias para pagar el precio de compra a la extinguida Compañía del Acueducto. Las finanzas de esta Empresa, por otra parte, no deben tener aún base suficientemente sólida, toda vez que en el Presupuesto municipal vigente vemos apropiada la suma de \$ 15.200, «para cubrir el déficit que pueda resultar a la Junta Administradora del Acueducto en el curso de la vigencia».

De lo expuesto parece deducirse la conclusión de que aun suponiendo normalidad en los mercados europeos, Bogotá se halla incapacitada, si cuenta con sus propios medios, para realizar por hoy las mejoras que su transformación demanda.

¿Quiere lo anterior decir que la capital se encuentra condenada a permanecer en indefinido estado de atraso? No lo creemos. Ni el progreso ni la civilización se decretan ni se imponen. Debe contarse con la acción del tiempo ayudada por la constante iniciativa, energía y habilidad de los Jefes de la Administración Municipal. Preciso es proceder por sucesivas etapas.

Nos hallamos convencidos de que la primera que la ciudad debe recorrer es la de conquistar de manera franca y definida su autonomía municipal. El primer paso en este sentido se alcanzó con la expedición de la Ley 97 de 1913 que fue brillantemente defendida en el Senado por el actual Presidente de la República.

Ante la legislación fiscal no existe diferencia entre la capital de Colombia y el último de los municipios de Cundinamarca. Tal contrasentido cuesta a la ciudad una parte de decoro y otra muy importante en lo que debieran ser rentas municipales y cuyo producido entra a las Cajas del Departamento (1).

(1) Por renta de Degüello de ganado mayor, \$ 47.774; por renta de Licores, \$ 59.786. Total anual, \$ 107.560.

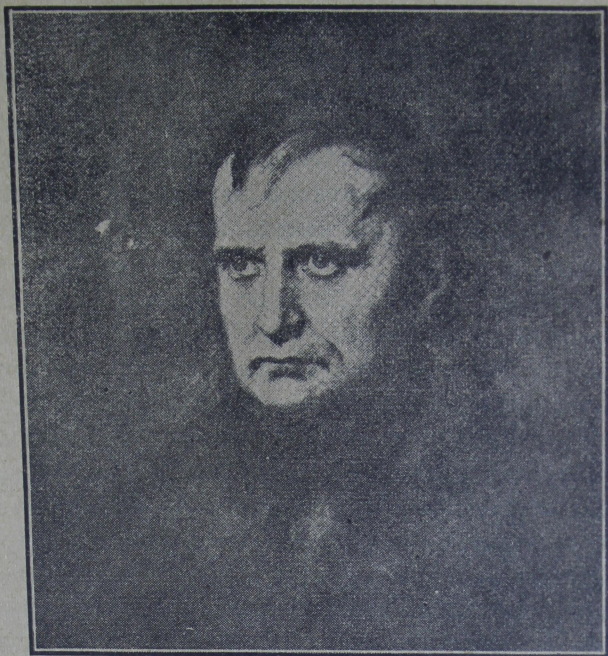
Hábil organización de su Hacienda y antonomía municipal: hé aquí el principio de la transformación de Bogotá. Ella vendrá. Mas ¿no hay algo de sacrílego en clamar porque la piqueta demoledora acabe con la vieja ciudad del águila negra y las granadas de oro?

Felizmente cuando sus primeros golpes se dejen oír, en un rincón aislado del viejo cementerio santafero dormiremos el sueño del cual no se despierta.

Y el advenimiento del Progreso con su cortejo de máscaras cosmopolitas como de Rey de Carnaval, de alaridos de locomotoras, chispear de inalámbricos, estertor de aeroplanos y trompas de automóviles, nos dejará indiferentes....

EMILIO CUERVO MÁRQUEZ.

Junio de 1915.



Sant pinxit.

DESPUES DE WATERLOO

LA ÚLTIMA FAZ

LA manecilla que marca los siglos ha dado una vuelta al cuadrante desde el día en que se decidieron en Waterloo los destinos de Europa. El 18 de junio de 1815, cuando Wellington avanzó hasta el borde de la meseta que dominaba el campo de batalla y levantó su sombrero en alto como una señal, todo había terminado: era la última hora del Primer Imperio y el últi-

mo verso de la Epopeya. Ya nunca volverían a formarse los cuadros impenetrables de la Guardia, ni volvería a resonar el galope de los coraceros de Kellermann. Todo había terminado; y el admirador lírico del Napoleón de la leyenda haría mejor en perderlo de vista pronto, acompañarlo tal vez hasta su embarque en el *Belerofonte* y luego imaginárselo arrebatado entre resplandores de apoteosis y convertido en nueva estrella de la constelación de Hércules.

La realidad fue otra. Antes de desaparecer, el ídolo debía tornar al nivel de las miserias humanas, sufrir y retorcerse en la agonía. Para abatir la encina no habría un rayo sino el lento golpear del hacha: faltaba Santa Elena. Y son aquellos seis años de historia íntima los que mejor revelan al hombre como fue. El conquistador de Italia, el general de las Pirámides y del Monte Tabor, el Bonaparte del 18 Brumario, el Primer Cónsul, el Emperador, fueron la leyenda, dorada por el sol de las grandes jornadas y las brillantes victorias; y hubo salvas de alabanza y rugidos de odio, coronas caídas en el polvo, tronos improvisados, fronteras abolidas, ofuscantes nimbos de gloria que exaltaron las imaginaciones y pervirtieron la verdad. En Santa Elena queda sólo el proscrito, «náufrago de la mar y la fortuna», el semidiós hecho hombre, con las debilidades y desfallecimientos de la carne, cuya historia escribió Lord Rosebery y cuya fisonomía adolorida pintó Sant.

Dos caminos quedaban a Napoleón al regresar a París después de Waterloo: apoyarse en las Cámaras y obtener de ellas que votaran el contingente de hombres y dinero necesario para rehacerse y enfrentarse a la coalición victoriosa, o disolverlas, si le eran hostiles, y nacionalizar la guerra erigiéndose en único árbitro, y arriesgando

desencadenar otra vez los turbios elementos que él mismo había encauzado.

Pero el tiempo era oro. Mientras él vacilaba, la oposición movida por Fouché dominó la indecisión de la Cámara que se constituyó en sesión permanente, y La Fayette, a quien Napoleón había arrancado de los calabozos de una prisión alemana en 1797, dejó oír las palabras que enterraron el Imperio: abdicar o ser depuesto. En la Cámara de los Pares, Ney, el bravo entre los bravos, dio el grito de desaliento que repercutió como tañido lúgubre, y el momento supremo pasó. Ambas Cámaras se declararon contra él; ya no era posible disolverlas sin violar la forma constitucional que había dado a Francia y sobre la cual descansaban imperio y dinastía. Todavía el Príncipe Luciano, el más fiel de los hermanos y de los amigos y el que menos favores recibiera de su mano todopoderosa, le propuso la disolución de la Cámara de Representantes, seguro de que el ejército y el pueblo francés lo seguirían una vez más, como lo habían seguido de Madrid a Moscú.

Cierto, y Napoleón lo sabía. Se lo estaban diciendo las aclamaciones incesantes, los vivas al Emperador que llegaban a su oído en rumor creciente, a través de los jardines del Elíseo. «Si yo lo quisiera, la Cámara rebelde desaparecería en una hora—había dicho a Benjamín Constant.—Pero ninguna vida humana vale ese precio. No quiero ser el rey de la Jacquerie. No he vuelto de Elba para que París se inunde en sangre». Y, prefiriendo el propio sacrificio, dictó a Luciano el acta de abdicación.

No bastaba, sin embargo, la caída del Emperador; los aliados esperaban apoderarse de él. Blücher había hablado de vengar al Duque d'Enghien, fusilándolo en los mismos fosos de Vincennes, y los compañeros de triunfo no eran más generosos que aquel «sargento de reclutas disfrazado de héroe», que así lo llamó Byron.

Rendido, sin trono y sin espada, seguía siendo causa de las mayores inquietudes. El continente europeo les parecía demasiado inseguro para guardarlo: las prisiones no conducen con invariabilidad al sepulcro, y al toque mágico del cuerno de Talbot suelen descorrerse los cerrojos y surgir ejércitos. Las islas vecinas tampoco ofrecían seguridad. De Elba se retorna a las Tullerías, y los que marchan a enjaular fieras regresan proclamando emperadores.

Tales eran entonces los temores de Europa, que no podía creer en que las águilas imperiales hubieran abatido el vuelo para siempre. Como el espectro de don Rodrigo de Vivar, el solo nombre de Napoleón infundía pavor a ejércitos y reyes.

En las disposiciones adoptadas por el Congreso de Viena, al saberse que Napoleón había dejado la isla de Elba y que marchaba hacia París, buscaron las potencias la justificación del destierro. Talleyrand pidió que se le declarara fuera de la ley y se le considerara como enemigo del género humano; y aquella Asamblea, reunida para rectificar el mapa de Europa, tuvo memoria para recordar los artículos del Convenio de Fontainebleau que se referían a los compromisos de Napoleón, pero olvidó oportunamente los deberes contraídos para con él. Antes de desembarcar en Francia, en marzo de 1815, los aliados habían quebrantado de cien maneras la fe empeñada: ni él mismo ni su familia recibieron siquiera en parte las pensiones estipuladas; tampoco su hijo la herencia y títulos que le correspondían; en cambio se confiscaban los bienes de los Bonapartes, se maduraban planes para deportarlo, se fomentaban conspiraciones y se buscaban sicarios.

Uno solo de tales motivos bastaría en rigor para justificar a Napoleón; sumados sirvieron para que los Plenipotenciarios, que hollaron los primeros el pacto celebrado el año anterior, y que ahora juzgaban en propia causa, lo pusieran fuera de la ley. Lafayette, cuyo testimonio no

puede ponerse en duda, había dicho ya, viendo la conducta observada con Napoleón, que parecía idea fija en los Borbones precipitarlo a algún acto extremo.

Teniendo como fuente al Congreso de Viena, las disposiciones que pesaron sobre el Emperador fueron necesariamente dictadas por el odio y refrendadas por el temor de un resurgimiento; el insignificante residuo de veneración por la majestad caída que pudo filtrarse en ellas, se perdió en el crisol inverso de los que fueron llamados a interpretarlas.

La hospitalidad británica decidió de aquel difícil destino. Animado por las insidiosas palabras de Maitland, obedeciendo a una idea acariciada desde los primeros momentos, pidió asilo al más poderoso, más noble y más constante de sus enemigos, y el Gobierno inglés, no queriendo entregarlo atado a los Borbones, determinó albergarlo a su manera. El hombre que había perturbado al mundo debía desaparecer, y por no suprimirlo violentamente se optó por la cautividad. Santa Elena fue designada por su situación geográfica, por ser un paraíso tropical, según Lord Wellington, y por tener una mansión digna del huésped que quería terminar su vida al hogar del pueblo británico, según Lord Liverpool.

A disfrutar de semejante hospitalidad partió el Proscrito el 8 de agosto de 1815, a bordo del *Northumberland*, acompañado del reducido grupo de fieles cuyo nombre se conserva como el de los cortesanos de la desgracia.

La mayoría del pueblo inglés calificó entonces esta violación del sagrado derecho de asilo en los mismos términos en que lo ha hecho la historia, pero el Gobierno se hallaba en manos de mediocridades incapaces, brotes de una época que se recuerda con rubor en los anales de la política interna de la Gran Bretaña. Por eso no hubo en el suelo de Albión un sitio que ofrecerle al Emperador.

Después de todo la roca de Santa Elena es asunto de

latitud; ni fue el clima lo más amargo del destierro. Donde se pecó de manera inexcusable fue en la elección de agentes para conducir y luego custodiar al prisionero. Lord Rosebery recuerda en *La Última Faz* el cautiverio del Rey Juan de Francia, a quien servía el Príncipe Negro.

Bathurst y Liverpool descubrieron a Hudson Lowe para Napoleón, y echaron sobre las tradiciones de Inglaterra una mancha que no borrarán las aguas del mar ni los perfumes de Arabia.

Lenta y monótona, la travesía a Santa Helena fue la primera jornada de la vía dolorosa que comenzaba. A proa, recostado contra un cañón, pasaba los días, sumido en sus recuerdos, contemplando las ondas que se abrían y volvían a cerrarse tras él, irrevocablemente. Morir hubiera sido menos duro, pero ya en la noche de sombras de la primera abdicación había dicho al fallar los venenos preparados por Ivan y por Cabanis: Dios no lo quiere.... y aceptaba el futuro de miserias desconocidas. De todo lo habían despojado: cetro, espada, nombre.... le quedaba el pasado, que nadie podría arrebatarse; suyos eran veinte años de gloria incomparable, y para el mundo, en cualquier edad y en cualquier zona, seguiría siendo «el Emperador». Mutilada y con las alas rotas, la Victoria de Samotracia será siempre el Ángel de las Victorias.

Han corrido cien años y ahora la bandera de Francia flota confundida con las banderas de los ejércitos que la desgarraron en 1815. No lejos del paraje donde se encontraron Wellington y Blücher la tarde de Waterloo, y que se conoce con el nombre de Belle-Alliance, están disputándose el imperio del mundo los hijos de los que entonces derrocaron el imperio francés, y una nueva alianza ha sido jurada bajo la cúpula de los Inválidos, sobre la tumba del César.

ALFREDO RAMOS URDANETA.

Junio de 1915.

LA REPRESENTACION DE LAS MINORIAS (1)

ES este uno de los tópicos más importantes actualmente.

No es hoy cuando se agita como tema de importancia en la política nuestra; pero sí es hoy cuando va adquiriendo mayor calor.

Muchos órganos de la prensa, de todos los partidos, se ocupan del asunto, pidiendo que se cambie la fórmula actual de *lista incompleta*: unos, porque creen que este sistema no cobija la representación de todos los partidos, puesto que el sistema de *Lista incompleta y Escrutinio pleno* descansa sobre la base de la existencia de sólo dos partidos; otros, porque el sistema consagrado hoy por la ley, se presta para burlar la representación de las minorías efectivas por las combinaciones que pueden hacerse para crear las minorías artificiales.

Nos ocuparemos de ambas fases de la cuestión, tratándolas de modo inverso a como las hemos enunciado.

Es innegable la objeción que se hace al sistema de *lista incompleta* que consagra actualmente la ley colombiana.

En el seno de toda agrupación política, en donde los elementos están constituidos por dos o más porciones de un lado y una porción o parte de ella del lado contrario, la combinación es hacedera y los efectos pueden ser los que se anotan.

(1) Aun cuando REVISTA MODERNA ha expresado puntos de vista que en parte difieren de los que hoy emite nuestro distinguido colaborador el señor general Segovia sobre representación de las minorías, insertamos con gusto su importante artículo, deseosos como estamos de que en nuestras páginas sean tratados con elevada imparcialidad aquellos asuntos que revistan interés nacional. (N. de la D.)

Desgraciadamente la imaginación no ha logrado todavía combinar la fórmula redentora; la que ponga a cubierto a las minorías efectivas de los efectos de las minorías artificiales.

Todos los sistemas, ideados hasta hoy, para la representación de las minorías efectivas, están fuera de cálculos verdaderamente científicos, de donde se deduce que todos los sistemas conocidos son empíricos.

¿Rechazaremos, pues, la *lista incompleta*?

¿Ocurrirémos al *voto acumulativo*?

Absurdo en sus fundamentos, comienza por dar al elector mayor número de votos del que en sí mismo le corresponde. Como ha dicho un notable escritor liberal: «Las combinaciones de los partidos han persuadido a los hombres de ciencia que más han popularizado la representación proporcional, de que él (*el voto acumulativo*) no reviste los caracteres de equidad y justicia que la verdadera representación exige».

El *voto acumulativo* fue discutido durante seis años en el Parlamento inglés, aceptado al fin para algunos cantones y para determinadas elecciones, y luego atacado violentamente en la misma Corporación en nombre de los muchos defectos del sistema.

En 1909, en nuestra Cámara de Representantes, se propuso, por vía de ensayo, y para la elección de Magistrados de la Corte de Cuentas, el *voto acumulativo*. Atacamos entonces fuertemente la reforma que pasó en aquella Cámara y que el Senado negó después por unanimidad en primer debate.

¿Adoptaremos el *colegio único* y la *lista nacional*, ese sistema preconizado por Stuart Mill, combatido por otros, e irrealizable en la práctica?

Los que sostenemos que en Colombia sólo hay dos partidos tradicionales, y que por muchos años no existirán, como fuerzas vivas políticas propiamente dichas, más

que los partidos Conservador y Liberal, deberíamos inclinarnos al sistema del *colegio único y la lista nacional*. Pero la estructura de ese sistema exige en los partidos una disciplina a prueba; Directorios sólidamente constituidos que gocen de una autoridad indiscutible, capaces de dirigir firmemente el movimiento eleccionario con obediencia casi absoluta de los miembros de la comunidad.

Pero muchos signos, y sobre todos ellos las divisiones y subdivisiones propias que existen entre los conservadores y entre los liberales, exteriorizadas, de modo patente, en las últimas elecciones, están diciendo que la disciplina ha desaparecido de las filas liberales; que también ha desaparecido de las filas conservadoras.

¿Se someterán hoy nuestros partidos a la obediencia, al movimiento que les impriman centros determinados?

¿Aceptarán los partidos los candidatos que les indiquen los Directorios?

Que responda la actitud de los liberales en las últimas elecciones; que responda la de los conservadores en las mismas.

Lo que ha ocurrido ahora en Colombia no es nuevo en los anales políticos universales. Con frecuencia los partidos tradicionales, por determinadas circunstancias del momento, por puntos determinados de ocasión, se fraccionan, y así divididos van a la lucha, y los sostenedores de un principio les disputan el triunfo, en las urnas, a sus más fervorosos aliados en el terreno doctrinario.

¿Causas? ¿Razones?

Intereses transitorios de unos pocos; ambiciones particulares; el caudillaje u otras de igual o más levantada índole; pero siempre signos inequívocos de descomposición de los partidos.

Volvamos sobre el tema.

El *colegio único y la lista nacional*, que traen consigo la docilidad de las masas al mandato del centro directivo, ¿serán posibles entre nosotros?

Si para contestar esta pregunta profundizáramos un poco, encontraríamos todavía gérmenes de aquella confusión entre libertad y libertinaje; entre voluntario y voluntarioso.

Todos queremos ser pensadores, todos queremos dirigir.

¿Dirigidos? Jamás; la condición de siervo es inaceptable para un ciudadano de un país libre.

No preconizamos el capricho, la imposición de los jefes como norma de obediencia. Los extremos son los puntos donde se guarecen siempre las exageraciones, tan fatales para los principios, tan fatales en la práctica.

Mas no concebimos los cuerpos sin cabeza.

Consecuencia definitiva del *colegio único y lista nacional*: perder el voto o someterse a la lista de los que dirigen, siempre los mismos: los pocos sobre los muchos.

Podríamos ocuparnos de otros sistemas, unos preconizados en teoría y rechazados antes de llegar a la práctica; otros que han sido condenados apenas en sus comienzos. La índole de este artículo no es para detenernos en estudios que los especialistas conocen mejor.

Hablaremos sólo de los defectos del actual sistema de *lista incompleta*, en cuanto ellos se refieren a nosotros mismos.

Tan expuesto es en ese sistema que la mayoría le arrebatte la representación a la minoría, como que las minorías, consideradas varias, le arrebatan la representación a la mayoría.

Ejemplos prácticos tenemos de ambos casos desarrollados en Cundinamarca en las últimas elecciones: en la Circunscripción de Bogotá la mayoría la obtuvo la unión

liberal; en la Circunscripción de Facatativá, la mayoría conservadora absorbió la minoría también.

Pero estos resultados no son imputables solamente a los defectos del sistema, sino también a los defectos orgánicos de los partidos.

Aquí podemos aplicar a mayorías y minorías las palabras que M. Furet aplicaba sólo a las últimas: «Antes de buscar ser representadas, buscad poneros de acuerdo».

La disciplina noble y levantada, no el carnerismo, es la base de la efectividad de cualquier sistema para la proporcionalidad de la representación de los partidos.

Por supuesto que la honradez política, el respeto a la ley, son condiciones indispensables para la efectividad de los preceptos de ésta.

Mientras las colectividades políticas no abandonen la tendencia a vencer al contrario por medio de *habilidades*, la lucha será siempre la de antaño.

El principio de la representación proporcional de los partidos fue iniciado en los últimos tiempos, en Colombia, por el General Reyes, pero de modo ficticio. Fue en 1909 cuando se practicó positivamente en las elecciones para Representantes, y en 1911, restablecida la normalidad legislativa en virtud del Acto Legislativo número 3 de 1910, comenzaron a funcionar las Asambleas departamentales que eligieron los Consejos Electorales para la elección de Senadores.

En la Asamblea del Valle tuvo el liberalismo mayoría suficiente para absorber la minoría, y todos los electores nombrados por aquella Corporación fueron liberales. Cauca y Nariño neutralizaron aquella jugada y los Senadores que correspondían a la Circunscripción de esos tres Departamentos fueron elegidos de acuerdo con el espíritu de la Ley de representación de las minorías.

En la Asamblea de Antioquia el republicanismo tuvo igual fuerza y la designación de Electores dio el resulta-

do de la elección de Senadores, así: por la mayoría, republicanos, y liberales por la minoría con exclusión de conservadores.

La Asamblea de Boyacá, atenta al movimiento electoral de las demás Asambleas, detuvo hasta última hora la designación de sus Electores. Advertidos del resultado de Cali y Medellín, los conservadores hicieron uso de su fuerza numérica y designaron Electores todos conservadores, y por consiguiente la elección recayó únicamente en conservadores, con exclusión de liberales y republicanos.

Esta actitud de Boyacá, impidió que el Partido conservador perdiera la mayoría en el Senado.

No hacemos cargos; no deducimos responsabilidades; anotamos hechos.

¿Todo esto será imputable solamente a los defectos del sistema?

¿Podremos rechazarlo cuando ni siquiera está reglamentado por la ley?

Los sistemas no serían tan malos en sí mismos si no hubiera interés en hacerlos peores.

Pero bien sabemos que esta es pretensión extraña a la índole de la humanidad.

Por eso nos hemos detenido muchas veces a estudiar la fórmula que se levante invencible contra la tendencia habitual.

Y hojeando autores y autores no la hemos encontrado.

Creemos que tampoco está el *desideratum* en el *cuociente electoral*, ya se adopte la fórmula de Hare, con todos sus defectos, o ya la de Borely, con sus no menores inconvenientes, ya cualquiera otra.

Las combinaciones de los partidos no están fuera de esas fórmulas, y para nosotros tienen un defecto más, inherente a nuestra propia organización política.

Pedir el *cuociente electoral* para Colombia en donde, mal que nos pese, no existen más que dos partidos po-

líticos debidamente organizados, el Conservador y el Liberal, es como pedir esa misma fórmula para Inglaterra, en donde no hay más que *tories* y *whigs*; para los Estados Unidos, en donde no hay más que *republicanos* y *demócratas*.

La fórmula está bien para Francia, en donde, cuando menos, existen *republicanos*, *monarquistas*, *socialistas* y otras tantas agrupaciones que esperan el momento oportuno para lanzarse a la arena en persecución del triunfo de unos tantos problemas que afortunadamente nosotros no confrontamos; la fórmula puede pedirse en Alemania, en donde aún se ventilan cuestiones de *clases*, rezagos del feudalismo.

Partido exige bandera, bandera es principio, y fuera de las doctrinas conservadoras, fuera de las doctrinas liberales, no alcanzamos a divisar otras en nuestras luchas políticas.

¿El Republicanismo....? Apenas queda la sombra de una concepción sublime surgida entre truenos y relámpagos, en hora de tempestad nacional; concepción que la mayoría de sus corifeos mató en la cuna.

Muchos no comprendieron la grandeza del ideal; no escucharon la voz de los que marcaban el sendero hacia adelante, y volvieron la mirada hacia atrás haciendo sonar el toque de dispersión.

Las antiguas desconfianzas, amortiguadas por el cansancio de los desastres, renacieron de repente.

Concha no debió ser vencido en 1910.

Restrepo pudo ser elegido por el voto unánime de la Asamblea.

No eran émulos de ideas antagónicas, sino caudillos de un ideal grandioso.

Sin embargo, Concha fue vencido; Restrepo fue elegido con los votos estrictamente necesarios.

Doblemos la foja de este capítulo de historia, inédito todavía.

«Sí hay más de dos partidos, nos gritan desde allá. Estudiemos las últimas elecciones y nos convenceremos».

Precisamente las últimas elecciones nos dicen que no tenemos más de dos partidos: se disputaron el triunfo en algunas partes muchos grupos, pero no muchos partidos.

En Inglaterra también surgieron en 1872 muchos grupos caracterizados por tendencias del momento.

Los accidentes pasaron, y despejado el campo de los intereses particulares, volvieron a surgir solos y únicos *tories* y *whigs*.

Y quiera Dios que durante mucho tiempo no tengamos en Colombia más que liberales y conservadores.

La política colombiana se ha distinguido en medio de las agitaciones de las Repúblicas suramericanas.

Nosotros hemos rendido culto a las ideas, mientras el caudillaje ha devorado a algunas de las otras Repúblicas hispano-americanas.

No pidamos el *cuociente electoral*; no alentemos el caudillaje que deprime a los pueblos y los abate moral y políticamente.

Mejoremos la fórmula actual; reglamentémosla y procuremos todos, directores y dirigidos, demostrar que don Luis V. Varela tuvo más desencanto en su alma, más amargura en su corazón, que verdad en su concepto, al decir:

«Los partidos políticos, cuando persiguen el éxito, son menos honrados que los hombres individualmente, precisamente porque su responsabilidad, siendo colectiva, es anónima».

L. SEGOVIA.

LA NUEVA ILIADA

EN los momentos en que están forzándose los Dardanelos, cuando truenan monstruosos cañones a bordo de acorazados gigantes, rara emoción conmueve el espíritu evocando recuerdos y haciendo en el tiempo un viaje de treinta siglos. A la entrada del canal, al pie de los fuertes, se alzan de frente al mar inquieto las tumbas de Aquiles y de Patroclo; fue en ese trozo de tierra vecino del antiguo Helesponto donde se desarrolló la Iliada entera, y los versos alados del viejo Homero resuenan con mayor claridad y acento más hondo en aquellas playas oscurecidas ahora por la humareda de los obuses.

El litoral asiático que mira hacia el Archipiélago de los bellos nombres vio el génesis del más viejo de los poemas compuestos por hombre y conserva las huellas de un pasado maravilloso que los siglos no han borrado. Allí tocaron los Argonautas cuando partieron para la conquista del Vello de Oro: también desde allí, al caer de la tarde, a la hora «en que se ensombrecen las rutas de los mares», se vieron surgir las negras naves de los griegos que llegaban a sitiar a Troya; pisaron la arena no lejos del cabo Sigeion, aproximadamente en el sitio donde está construida la aldea de Jeni-Schehr. De estos hechos que iban a turbar la memoria humana durante generaciones, ha sobrevivido un testigo: el túmulo de Protesileo, erguido en la vecindad del Castillo de Setil. Homero narra la manera como el héroe griego se sacrificó por sus compañeros saltando a tierra antes que ellos, a despecho de la predicción que amenazaba con la muerte al primero que hollara el suelo de Asia.... Entre el cabo Sigeion y el promontorio de Rhoetum se ex-

tiende una playa cubierta en épocas remotas por una pequeña bahía que fueron colmando los aluviones del Simoïs. Toda la flota de la Hélade halló asilo en ella contra la furia de las olas hasta que los barcos fueron arrastrados sobre la riba. Agamenón, el rey de los reyes, clavó su tienda cerca del paraje donde reposan los huesos de Ajax, y en torno se desplegó el campamento de los guerreros «de vistosos arreos». A distancia de un kilómetro escaso se encuentra el Escamandro, nombrado con frecuencia en la Iliada y al que Homero llama otras veces Xantho. En la guerra de Troya se pelearon batallas memorables en las márgenes de aquel río; él presencié el choque temeroso de los héroes, la avalancha de los carros lanzados sobre los combatientes, y pudo contemplar la muerte de Héctor y la cólera de Aquiles. Homero lo anima, lo convierte en especie de divinidad que suele ingerirse en la contienda y tomar partido por unos o por otros. Más tarde las jóvenes griegas acostumbraban bañarse en sus linfas y le ofrecían su pureza. Hoy, todavía, son aquellas fuentes uno de los más bellos rincones de la tierra. El río nace en verde colina en cuya cima está edificada la población de Bounar-Bachi-Keni, y en la actualidad, como en los días fabulosos de la Iliada, una de las fuentes es tibia y la otra helada y juntas corren a mezclarse en el pozo de granito rojo cantado por el poeta ciego. Ha desaparecido el templo consagrado por los troyanos al divino raudal, pero sobrevive la leyenda y aún se cree que sus aguas tienen el poder de colorear de oro la cabellera de las mujeres que se sumergen en él.

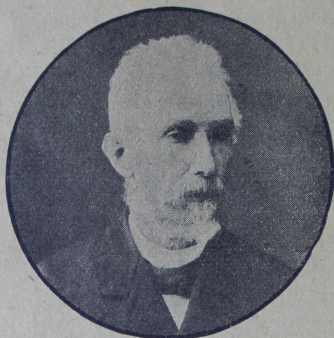
Descendiendo por el curso del Escamandro podrían seguirse paso a paso las hazañas de griegos y troyanos. Su campo de batalla está comprendido dentro del triángulo formado por el río, el mar y la eminencia donde se alzaba Pérgamo. A menos de ocho kilómetros de la costa, hacia Hissarlick el viajero descubre con melan-

cólico recogimiento los vestigios de Troya, la ciudad de «las recias murallas», de las torres sin cuento, de los reductos inexpugnables. De tanto esplendor sólo quedan cimientos casi invisibles, cantos de piedra hundidos en la arena. Difícilmente se encuentra sobre el haz de la tierra otro lugar que posea la fuerza evocadora de las ruinas de aquella ciudad, construída al decir de Homero, por Apolo y Poseidon, ni pasajes tan impregnados de poesía como las nobles colinas sobre las cuales parece flotar algo de la ternura de Andrómaca. Todo despierta enjambres de adormidos recuerdos y al llegar al punto donde tal vez fue la puerta de Sceo, el poema primitivo y rudo de Homero surge íntegro, palpitante, fresco como recién creado. Desde lo alto se columbra el valle del Escamandro y la llanura donde los héroes lucharon bajo la mirada de los dioses olímpicos; sin quererlo se buscan las huellas de Ajax y se sueña con luchas sobrehumanas y asaltos de titanes....

Pero en la lejanía, sobre las ondas, atruena la artillería, el humo negro de las explosiones ensucia la claridad del cielo cruzado por aviones; ahora, como en la edad de Ulises, los barcos de Europa llegan sobre «el mar color de vino» para atacar la vieja ciudad de Asia. A poca distancia del cabo Sigeión, donde descansan Aquiles y Patroclo en reposo milenario, al pie del fuerte de Koum-Kaleb, velan los acorazados; la larga trayectoria de los obuses pasa por encima del Helesponto y la voz ensordecedora del cañón cuenta a la humanidad la nueva Iliada prolongándose por toda la extensión de aquellas riberas sagradas donde se pasea la sombra de Hécula y la divina aparición de Helena, la de los brazos de leche, hija de Afrodita.

BISSIÈRE.

Páginas olvidadas.



Miguel Samper.

NACIÓ EN GUADUAS EL 24 DE OCTUBRE DE 1825.—MURIÓ EN ANAPOIMA EL 16 DE MARZO DE 1899.

«Inmensa fue la labor periodística del señor Samper—dice el doctor Carlos Martínez Silva al analizar la vida de este prominente ciudadano.—De tal suerte que no hubo cuestión alguna importante para el país que él no estudiara a fondo, hasta agotar la materia: aduanas, salinas, tierras baldías, crédito público, impuestos, vías de comunicación, ferrocarriles, canal de Panamá, bancos, desamortización de bienes eclesiásticos, importaciones, exportaciones, comercio interior y fronterizo, papel moneda y curso forzoso; sobre todo esto dejó el señor Samper estudios completos, llenos de datos y observaciones atinadas que constituyen la historia fiscal y económica de la República».

El señor Samper consagró su fecunda inteligencia a resolver asuntos de interés público y cuestiones sociales y económicas. Sus escritos, siempre diversos y profundos, lo acreditan como el más eminente de los estadistas colombianos.

La Renuncia que hoy publicamos—documento histórico cuya actualidad no ha pasado todavía—y la cual puede ser considerada como voz profética de hechos que luego se cumplieron, da idea de su honradez política y de su clara visión como hombre de Estado.

UNA RENUNCIA

CIUDADANO PRESIDENTE DE LA UNIÓN:

Con la más sincera pena os presento, muy respetuosamente, mi irrevocable renuncia del empleo de Secretario de Hacienda con que tengo el honor de servir bajo vuestra administración. La posición de peculiar respeto y veneración en que me colocan ciertos antecedentes respecto de vos, exigen y espero que esculpen la extensión que daré al presente acto, pues aspiro a transmitir el convencimiento que tengo de que mis servicios han dejado de ser, si acaso lo fueron, oportunos.

Cuando acepté el puesto, os hice presente que el estado de mi salud, la naturaleza de mis negocios y la comparación entre mi carácter y las exigencias de nuestra política eran impropios para desempeñarlo, de tal modo que mi aceptación era casi exclusivamente un acto de deferencia personal, que sólo duraría hasta que terminasen las sesiones del Congreso. Con todo, debo confesar que me sentía inclinado a continuar, en el caso de que aquella Corporación hubiese consentido en vuestro deseo de que la ley nivelase los Presupuestos de Rentas y Gastos nacionales, y arreglase el crédito público de manera que fuese posible reasumir el pago de los intereses de la Deuda Exterior. Explicaré en seguida los motivos de aquella inclinación.

La nivelación de los Presupuestos y el honrado cultivo del crédito son medidas naturales, procedimientos ordinarios en todo Gobierno que quiera merecer tal nombre; pero en esta República y en la situación actual, habrían tenido una significación política de incalculable alcance: la reacción eficaz contra una tendencia que nos

hace caer como potencia en Hispano-América y nos conduce a la disolución.

Cuando se enfrentan dos vehículos que en una misma dirección se mueven con distinta velocidad, el que se mueve con más lentitud se ve desde el otro como si caminase en sentido retrógrado. Entre nosotros hay, sin duda, progreso; pero éste no es casi obra nuestra, sino el indeclinable resultado del contacto con la civilización universal. La estadística comparada nos asigna en la actualidad un puesto muy inferior al que ocupábamos en esta parte de nuestro Continente en el momento en que nos segregámos de la Gran Colombia; y si no nos vemos retrogradando, es porque nos toca el vehículo lento y porque la idea de la patria decae delante de las aspiraciones seccionales, que son las que hoy embargan nuestra atención.

La reacción a que he aludido, del modo como he comprendido vuestros propósitos, no se dirigía contra ningún partido, ni tenía en mira el restablecimiento del poderío de otro. Este propósito se os ha podido atribuir por la desconfianza infundada de unos o por las esperanzas irreflexivas de otros. La unión liberal no era, ni podía ser, el objetivo de una política nacional, de verdadera regeneración, sino un simple medio de adquirir vigor e independencia para la acción. Convengo en que se expliquen aquella desconfianza y aquellas esperanzas en una sociedad como la nuestra, en donde los intereses de los partidos han llegado a formar el objetivo y a convertir los de la patria en instrumento. A esa explicación se debe el equívoco que ha servido de falsa base a la lucha parlamentaria más larga y peligrosa que se registra en nuestros anales.

Os manifesté mi vivo deseo de que el Mensaje de 21 de abril último llevase al Congreso, en términos concretos, y en un cuerpo armónico, todas nuestras ideas sobre

el conjunto de hechos de que se compone nuestra complicada y peligrosa situación política y fiscal. Tal vez os inspiró temores la exposición franca de vicios de diverso orden, algunos de los cuales amenazan ya con la degradación del carácter nacional; pero yo persisto en creer que aquel acto, lejos de haber sido impolítico, lo habría visto la Nación como oportuno.

Sea como fuere, el Mensaje citado produjo favorable impresión en las Cámaras y en el público, ya porque el amor patrio no esté sino adormecido, ya porque no se puede dejar de creer en la sinceridad del gobernante que desea desprenderse del medio de seducción o de arbitrariedad.

La ley de gastos es casi la fotografía política de un pueblo. En ella se concentran, y hacia ella refluyen, todas las aspiraciones que inspiran, o que imponen, las corrientes políticas dominantes. Se puede ver en esa ley si hay organización, fuerza, nervio, homogeneidad y clara visión de los destinos de una nación, o si en ésta reinan el desconcierto y la debilidad. La ley de gastos es la que descubre si un pueblo es verdaderamente libre y soberano, capaz de imponer su voluntad para la inversión de sus contribuciones, o si esta voluntad está supeditada por fuerzas parásitas.

Os confieso, señor, que no tengo ánimo para hacer aquí las reflexiones todas que me inspira el estudio de nuestra ley de Presupuestos. Los intereses que la dictan obedecen a tendencias que contristan el ánimo, y el punto hacia el cual ellos nos impulsan, causa espanto. En sesión secreta del Senado dejé que hicieran explosión, con fraternal confianza y lágrimas en el acento, todas las reflexiones y todos los sentimientos que la situación me ha inspirado. No pude cosechar la confianza que solitaba para el Poder Ejecutivo, limitándose ella, como debo reconocerlo, a mis opiniones personales, y esto solamente en de-

terminado aspecto de las cuestiones fiscales, con exclusión de las de gastos y auxilios y fomento.

La verdad es que este último punto forma hoy el nudo de la situación, tanto fiscal como política, o más bien, que la primera sólo es consecuencia de la segunda. La Constitución creó los poderes federales bajo la absoluta dependencia de los Gobiernos de los Estados, sin cuidarse de dar a sus pueblos garantías efectivas para que tales Gobiernos fueran verdadera base de una República federal y de nueve Repúblicas seccionales. Se invocaron principios en aquel Código, cuando era necesario establecer las reglas que se derivan de esos principios.

Formados nosotros en la escuela del centralismo, las ideas federales no iban acordes con los sentimientos, y durante cerca de veinte años los partidos políticos han dado preferente importancia al Gobierno central, convirtiendo los Gobiernos seccionales en mero instrumento para dominar en aquél, y desatendiéndose en éstos los cardinales objetos a que deben atender. Semejante estado de cosas debía producir una reacción, que es el punto a que hemos llegado en la actualidad. Por desgracia el partido que domina en la mayoría de los Estados no acertó a discernir la verdadera causa del mal, que se encuentra en el modo de constituir los poderes políticos de ambos órdenes, y se fijó tan sólo en la conveniencia de hacer solidario el orden público, lo cual es evidente si ese orden ha de dar por resultado, o mejor dicho, si él ha de ser el resultado del buen orden constitucional. De otra manera sólo se conseguirá fortalecer o perpetuar el mismo mal orden existente, dominado y beneficiado por un mismo sistema de intereses.

Este sistema tiene que consistir, y consiste, en halagar los intereses de las secciones, llevándoles del Tesoro federal los auxilios que la desidia de sus Gobiernos les hace necesarios. Y no sólo se buscan auxilios para

las necesidades, sino que ellos han de satisfacer también los antojos que se formulan en empresas de fomento de todo orden y sin estudio competente de los hechos. Todos aquellos cuyo género de vida muestra que han sido incapaces de concebir, fundar y manejar empresas industriales para sacar de ellas honrados medios de subsistencia, aparecen competentes para aplicar las cualidades de que carecen al manejo de los intereses públicos. El freno de la contribución no sirve de correctivo a las concepciones ni a las inspiraciones, porque no son las localidades favorecidas las llamadas a hacer los desembolsos, y porque frecuentemente los más entusiastas amigos del progreso local disfrutan de sueldos con los cuales pueden sufragar a su respectiva cuota de la carga general.

De estas liberalidades de carácter colectivo se ha pasado fácilmente a las de todo género de favores personales, y unas y otras se han convertido en medio de enganchar nuevos reclutas para los bandos políticos.

No resulta de este orden de cosas fortaleza y vigor para la vida de las secciones, sino debilidad para el vínculo federal. Este no puede tener nervio y eficacia si el Gobierno carece de recursos. Tampoco pueden tener energía los gobernantes para luchar en defensa de los intereses generales, pues por el contrario, en lo futuro les será preciso plegar cada día más a las exigencias de sus parciales. Si éstos están apoderados de los Gobiernos seccionales, la habilidad aparente puede consistir en reunir en un haz todas aquellas exigencias para convertirlas en artículos de la ley de Presupuestos; pero la verdadera grandeza no estará sino en aceptar francamente la lucha y arrojar de aquel recinto toda la carcoma que destruye la savia de la vida política. A esta obra, rápidamente bosquejada en vuestro discurso del 1.º de abril, fue a la que yo quise asociarme, resuelto a arrostrar una impopularidad momentánea o durable, según los resultados.

Por desgracia, la cuestión de la preponderancia política de los partidos ha estado incrustada en la cuestión fiscal, y ésta ha recibido una solución desastrosa. Las mayorías de las Cámaras aceptaron de buena fe, en mi concepto, la idea cardinal de las economías y del restablecimiento del crédito, como lo dejan comprender los primeros actos con que fue acogido el Mensaje del 21 de abril. Qué inspiraciones torcieron aquel primer impulso, y por qué circunstancias prevaleció la desviación, son cosas que no me propongo ahora averiguar.

Baste hacer constar que las rentas de Aduanas y Salinas han salido de las sesiones del Congreso con nuevos gravámenes especiales, es decir, que el Presupuesto ha recortado los ya exigüos recursos que él dejaba para el sostenimiento del Gobierno federal. La vida de éste será precaria, angustiosa. La situación fiscal será un lazo tendido continuamente al Poder Ejecutivo para que viole ciertas leyes y se le someta a juicio, o para que sucumba por impotencia.

Lo más alarmante y aflictivo de esta situación es que ella se engrana con las disposiciones de otras leyes que acaso sólo hayan sido dictadas como medidas precautelativas de carácter transitorio, pero que será difícil recoger más tarde en cuanto ellas hayan fortalecido el poder, ya excesivo, de los Estados.

Disipadas las ilusiones que hizo concebir la creación del Banco Nacional como instrumento para fundar el crédito nacional; considerado el cultivo de las fuentes permanentes de renta como objetivo secundario en la ley de Presupuestos; fortalecida la práctica de dar preferencia a los gastos no necesarios para la existencia del Gobierno; despejada la incógnita de la emisión indefinida de documentos de crédito como recurso permanente y arraigado el hábito de ver en el Tesoro federal una segunda Providencia, que convida a no poner límites a los deseos, no

quedará a las futuras Administraciones sino el recurso a uno o más de los siguientes medios:

La traición a la Patria entera, enajenando con más o menos disfraz nuestra soberanía en el Istmo;

La traición parcial enajenando del mismo modo las Salinas de Cundinamarca;

La bancarrota, empleando los billetes del Banco Nacional como moneda de forzoso recibo;

Después vendrá la disolución.

Cuando las naciones decaen, parece que el severo Juez que las condena deja a sus miembros ojos para no ver y oídos para no oír. Es después de la catástrofe cuando el historiador recoge los hechos, los encadena y los exhibe en su fatal desarrollo. Hé aquí lo que el historiador Cantú dice sobre los que precedieron a la desmembración de Polonia :

«La República Polaca fue el Estado más poderoso del Norte hasta que los progresos de la Suecia, de la Turquía y de la Prusia le quitaron la preponderancia y muchas Provincias. Más que el aumento de sus vecinos lo perjudicó su propia constitución interior. En cada interregno había una revolución, y una guerra, a veces de armas, siempre de corrupción e innobles intrigas de extranjeros, urdidas en favor de sus respectivos protegidos y en contra de sus rivales.... Los grandes procuraban colocar hechuras suyas en los Tribunales, cosa importantísima en un país en donde el estado de las propiedades fideicomisas e inenajenables, pero oprimidas con hipotecas, daba ocasión a frecuentes litigios. Entretanto nadie se cuidaba del pueblo, el cual seguía sujeto como siervo al terreno que lo alimentaba y agobiaba».

¡Lección terrible es ésta que nos ha dejado aquel pueblo belicoso y colmado de recuerdos gloriosos! Lejos de mí el pensamiento de atacar la forma federal que tenemos adoptada. Me limito a presentar los peligros que ofre-

V cen sus excesos. Entre éstos me tocaba combatir los provenientes de la repartición de las rentas, y creo haberlo hecho con franqueza. Si la mayoría de las Cámaras han obrado con cordura al desperdiciar la ocasión de que los golpes no partieran de sus propias filas, y de ser evitados por una Administración que debía cargar con la impopularidad consiguiente, es cosa que el desarrollo de los sucesos que se esperan habrán de descubrir. Por mi parte, señor, me retiro satisfecho con haber intentado el esfuerzo bajo vuestra ilustrada dirección, y os repito mi profundo reconocimiento por la confianza que me habéis dispensado.

Ciudadano Presidente.

MIGUEL SAMPER.

Bogotá, 22 de septiembre de 1882.

DE LA NOVELA Y EL TEATRO

SEGUN se dice, Antonio Gómez Restrepo prepara un libro de historia crítica de la literatura colombiana, a partir de la Independencia. Nadie más idóneo por su cultura intelectual, amplio criterio y castizo decir para realizar tal empeño. El nos dirá por qué estamos a la hora de ahora en donde estamos en achaques de novela y teatro.

Algunas ligeras observaciones al particular, talvez no sean inconvenientes.

¿Existe en Colombia una literatura de novela y teatro en su genuina acepción, o mejor, cuenta Colombia con novelistas y dramaturgos propiamente tales? En rigor de justicia, la respuesta negativa se impone. Tenemos escritores que han ejercitado sus facultades en la novela y en el

teatro; pero los autores, desde Vargas Tejada para acá —pues en la Colonia no hay memoria de que se cultivasen estos géneros—se han contentado por lo general con producir una sola obra, es decir, con el balbuceo, y los que han sido más fecundos, quedan en igual condición, porque sus varias obras equivalen a un ensayo más intenso, ya que en tales materias se tiene en cuenta la calidad y no la cantidad. Larra decía, si la memoria no nos traiciona, que de cada tres comedias de Bretón de los Herreros, podía sacarse una, y hoy con el adelanto de la crítica, quizá no es exagerado expresar que a seis u ocho piezas podría reducirse toda la exuberante producción de este autor, a quien nadie será osado a negar dotes de verdadero dramaturgo. ¿Si esto se dice de un profesional de la talla de Bretón, qué se dirá de los aficionados?

Debemos advertir que en este escrito no se hace referencia de las novelas de autores colombianos que sitúan la acción fuera del país, entre otras, *Phinéés*, de Emilio Cuervo Márquez, novela de reconstrucción en Judea de los tiempos de Cristo, y *Resurrección* de Rivas Groot, novela corta que se desarrolla en Francia. Tampoco nos referimos al género llamado especialmente cuentos, el cual se cultiva en la actualidad por no pocos escritores de las nuevas generaciones, y va cada día tomando más y más incremento. ¿Qué de extraño que de los cuentistas de hoy, surjan los noveladores de mañana?

Exceptuando la *María* de Isaacs, que ha traspasado los linderos patrios y puede competir con no importa cuál de las de su clase en extrañas literaturas, rara novela vernácula ha logrado fijar el favor público de modo estable. Las hay de relativo mérito, bien escritas, con personajes que en algunos momentos interesan y se sostienen en su carácter, con descripciones de palpitante realidad y narraciones animadas; pero que en su conjunto

como novelas dejan que desear: ya por falta de psicología; ya por deficiencia técnica; ora por exceso de digresión; ora por carencia de homogeneidad en las diversas partes que, dislocadas, no tienden en apretada trabazón al objetivo cardinal. Esta disparidad es defecto harto generalizado, que talvez obedezca a la vida agitada de nuestros noveladores que hace que la obra se escriba a retazos, aprovechando las horas libres, entre las cuales suele transcurrir no poco tiempo, perdiéndose la inspiración y hasta el plan primitivo de conjunto y detalles que, en calma y recogimiento y de una vez, quizá hubiese dado resultado feliz; o puede también consistir en una concepción ligera, falta de pensamiento a fondo y la atención que se requieren para producir algo que se aparte de lo trivial. El colombiano goza fama de despierto, y esa vivacidad para comprender y asimilar rápidamente le perjudica para ciertas disciplinas espirituales, entre otras para el ejercicio de las bellas letras; pensamos superficialmente en personas y cosas, y de ahí lo endeble y disparejo de nuestra producción; el que siente disposiciones poéticas, se conforma con hacer versos fáciles; aquel otro dotado con imaginación y facundia, se contenta con escribir lo que buenamente se le ocurre, y como lo hecho a la ligera resulta de rigor deficiente, nos descorazonamos creyendo en desvíos públicos y llamamos en vez de ponernos a la labor con estudio y constancia.

En el teatro, ramo más difícil quizás que la novela, estos defectos resaltan con mayor vigor y se aumentan con otros como la pobreza de movimiento escénico y la deficiencia en la creación de caracteres. Muchas obras se llaman piezas dramáticas porque se representan en un escenario por actores, y hay de necesidad diálogos, y gestos, y entradas y salidas; pero por lo general ni entradas y salidas, ni diálogos ni gestos se justifican; el espectador no se interesa ni se conmueve, porque aquello

ni en el fondo ni en la forma es lo que verdaderamente se reputa por obra teatral, sino que es un remedo sin substancia. Y esto en toda la escala, ya se aborde lo dramático y trágico, ya lo puramente cómico y ligero. Ideamos allá en el retiro de nuestro gabinete, prescindiendo de aquella larga gestación que requiere la obra de arte, personajes acomodaticios, reñidos con la realidad, y sin más ni más nos ponemos a escribir haciendo decir frases a nuestros personajes por el placer de dialogar, y los movemos en escena por el gusto o la necesidad de moverlos. ¡Y así resulta aquello! Si el autor oyera observaciones juiciosas, pensara y repensara, tuviera la paciencia de hacer y rehacer, cuánta pieza insignificante y fastidiosa se convertiría en obra viable.

Y cabe aquí una observación: el medio adverso por cualquier lado que se le tome. ¿Quién va a escribir teatro en un medio donde se mira con la mayor indiferencia a quien tal haga; donde no hay actores ni locales en qué representar obras del terruño; en donde si por casualidad llega a ponerse en escena alguna pieza nacional, el público la mira con desvío? ¿Quién si por acaso siente verdadera vocación va a quemarse las pestañas gastando tiempo y paciencia a sabiendas de que ara en el mar? Todo ello es desgraciadamente de innegable certidumbre; pero por fortuna también lo es que el medio se crea y las circunstancias adversas se cambian en favorables, cuando se tiene talento de verdad y fe inquebrantable en que al cabo ese talento se impondrá por encima de toda traba. Es claro que esta labor no la puede realizar un individuo, ni siquiera un grupo de individuos, a no ser que se cuente con dinero en abundancia, y por lo general entre los autores—menos si son noveles—y el dinero no existe maridaje ni cosa que lo valga. Pero sí se puede recabar del gobierno que funde una cátedra de declamación que sea realmente tal y que subvencione una compañía dra-

mática con la condición de que ponga en escena piezas nacionales y admita en su elenco a los actores que más se distingan al terminar los estudios reglamentarios. Del producto de cada representación, se dará al autor un tanto por ciento como estímulo, y ello ya será asunto entre el autor y el público que sabrá a qué autores les concede favor y a cuáles se lo niega. La admisión de las piezas podría encomendarse a una junta especial presidida por el Ministro de Instrucción Pública, y en la cual convendría que no figurasen autores, sino literatos de otro orden de reconocida ilustración y criterio sereno.

Tánto es lo que logra el consorcio de la inteligencia y el culto fervoroso al arte cuando un núcleo de convencidos emprende la tarea de propaganda, que el resultado puede comprobarse leyendo el libro del Marqués de Moulins intitulado *Bretón de los Herreros, Recuerdo de su Vida y de sus Obras*. Allí se palpa cómo unos pocos literatos españoles lograron en la primera mitad del siglo pasado dar vida al teatro que parecía ya muerto, creando ambiente propicio en medio de un público indiferente y rehacio, formando actores de primera y presentándose ellos mismos e incitando a otros a presentarse como los restauradores del arte escénico español, con tanto acierto que pocas veces se registra en los anales literarios de un pueblo renacimiento tan glorioso.

¿Por qué nosotros no hemos de hacer lo mismo? Estúdiense las condiciones de España en esa época y compárense con las actuales nuestras, y talvez se halle cierta similitud que nos induzca a creer que ha llegado el momento propicio de obrar.

Mucho nos preocupamos con la novela y el teatro nacionales. ¿Qué se quiere expresar con ello? Para no pocos lo nacional estriba en lo exterior, en los accidentes, en el traje y en el arreglo de una habitación. ¿Y qué es lo que se llama el traje nacional? ¿Acaso tenemos algu-

no propio, original y pintoresco como le tienen tantos pueblos de Europa? Nada más prosaico y desprovisto de carácter que el traje de nuestro pueblo. Y los amantes de lo externo pretenden que en ruin habitación provista de cuatro bártulos, gentes pobrísimamente vestidas se expresen en jerga intolerable, diz que para pintar el alma nacional, como si ello la retratase, como si una sola clase social, por numerosa que sea, pudiese cifrarla y compendiarla. Claro que vestido, alimento, vivienda y clima, influyen poderosamente en usos y costumbres. Pero eso no es todo; penetrando adentro hay algo que se agita, que informa la conciencia, algo que tiene relación entre todas las clases sociales de un país. Y todas estas clases unidas por un hilo sutil en apariencia, pero tan resistente en realidad que nada es parte a romper, constituyen la verdadera alma nacional con sus creencias religiosas, sus anhelos, sus cualidades, sus defectos, su lengua común, sus aspiraciones a un supremo ideal, aun en medio de las más contradictorias apariencias. No preocuparse más que de lo de afuera, equivale a pintar un retrato de facciones tan parecidas como se quiera a las del original, pero que a despecho de esa semejanza deja qué desear y mucho como imagen, porque le falta ese algo que es gesto, es ademán, es lo característico de cada cual; en síntesis, el alma, que es la vida.

Nuestra literatura de novela y teatro se perfeccionará el día en que algún escritor acierte a descifrar la resultante psíquica y fisiológica de la mezcla de sangres; en que logre encontrar el nudo imperceptible que liga al mendigo con el potentado y con la obrera; a la gran dama con el menestral y a éste con el labriego y con la joven linajuda. De esta suerte, prestando a los detalles de lo externo la atención merecida, nos presentará una serie de tipos que dentro de su diversidad pueden fundirse en uno, ya que el alma de un pueblo resume muchas almas.

Quien tal logre, no se lo propondrá exprofeso, dándose a idear caracteres exóticos, sino que sometido a la influencia del medio y de la sangre, y llevado por su inteligencia, su fina observación y su refinamiento de artista, creará personajes con el sello especial de raza y zona que encajen dentro de la humanidad, que es el molde común.

Los colombianos pertenecemos a la civilización occidental, y en tal virtud nuestros lineamientos generales son los de esa civilización con peculiaridades que nos caracterizan.

¿Será llegado el tiempo en que Colombia produzca escritores, artistas de verdad, siendo el arte la última y más alta manifestación de cultura en un pueblo? Si se atiende al promedio del cultivo mental y al desarrollo que adquieren todas las facultades del espíritu cuando se ha alcanzado una civilización que abarque todo lo que el vocablo significa, estamos todavía lejos, lejísimos; si bien por otra parte, se presenta la consideración de que el país ha dado—muy probablemente por selección—algunos escritores dignos de parangonarse con los de renombre mundial. Refiriéndonos de entre los que ya no son al más próximo a las generaciones actuales, ¿acaso no nos saca verdaderos José Asunción Silva?

El arte es talismán que ennoblece y transforma cuanto llega a tocar, desentrañando la recóndita esencia poética que todo ser posee. A su contacto mágico, veremos cómo surgen modificados nuestros prosaicos nombres indígenas; cómo nuestros campesinos con sus sencillas costumbres nos despiertan dejos melancólicos de razas y edades que fueron; el moro, el aborigen, el cristiano español medioeval pasarán ante nuestros ojos con caracteres de palpitante realidad que antes ni siquiera habíamos sospechado, y su convivencia en el trópico bajo el influjo de ideas nuevas en lo político y en lo social, nos dará la clave de nuestra febril vida en el tiempo que llevamos

independientes; nuestros paisajes se presentarán con luz y colorido no maliciados, sugiriéndonos originalísima sensación de belleza, y todo, hombres y cosas, nos revelarán concordancias que se nos escapaban. El influjo del arte es poderoso; el pincel de Murillo ennoblece los harapos y la pluma de Cervantes dignifica la miseria.

Muchos alegan que entre nosotros se hace imposible el cultivo de la novela y del teatro por carencia de ambiente. A esto puede responderse que la esencia de la obra de arte reside en el hombre mismo y en la naturaleza. Siempre nuestro señor Don Quijote, el caballero andante, y Sancho Panza, su escudero, simbolizaron al español de su tiempo y de todos los tiempos, y lo que es más, al hombre de toda latitud en todas las edades.

MÁXIMO LORENZANA.

ALMA VENCIDA

MUY cerca al camino, en una encrucijada de la sierra y rodeado de platanales frondosos, tan frondosos y ubérrimos que apenas pueden soportar el peso de los racimos en sazón, levanta el cortijo la blancura de sus paredes, a trechos cubiertas de perfumadas trepadoras. Lejos, y como recostado perezosamente sobre la falda de una loma, extiende el puebluco su caserío alegre, partido en dos por la corriente de una quebrada en cuyas claras linfas abrevan labriegos y ganados. En lo más cimero del montículo que ampara la aldea se destaca la iglesia, y vista a la distancia parece un cisne que, con las alas recogidas y erecto el cuello inmaculado, asechaba el paso de un ave o la caída de una estrella.

Todo paz y aromas en aquel horizonte despejado y risueño. Amor en las almas, alegría en los corazones, paciencia en el vivir, fraternidad en el trabajo y apego inconsciente a las dulzuras de la naturaleza.

Ricos, de los más ricos de todo el vecindario, los esposos Villalba eran plata labrada del lugar, y en diez leguas a la redonda no hubo jamás quien, como ellos, estuviera siempre listo para socorrer a los prójimos en sus calamidades y tribulaciones.

Si no de estirpe linajuda, sí eran marido y mujer descendientes de honradas familias, y desde que el cura del pueblo les echara la bendición, se metieron al cortijo y empecinados en las labores de la labranza. tras largos años lograron acumular holgada fortuna.

Una tarde en que los dos, por descansar de la diurna faena, se tendieron bajo el verdor de la pomarada, dijo Luciano a su mujer:

—Ya sabes, Rosalía; cuando nos nazca el hijo, que por la gracia de Dios ha de ser hombre, lo vamos a criar con un esmero que... ni para qué decirlo. Porque para él será todo lo que hemos trabajado. Cuando esté crecido lo mandaremos a Bogotá a estudiar la medicina y después, hecho un gran doctor, será el rey de esta comarca y nos cerrará los ojos cuando el señor nos llame a su seno. ¿Te parece bien, Rosuca?

—¿Que si me parece bien? Ni digas tal, Luciano; ya sabes que no deseo otra cosa en la vida. Si te he ayudado a trabajar sin descanso; si Dios ha querido premiar nuestras fatigas y nos ha hecho dueños de todas esas tierrucas que desde aquí abarcan los ojos, ¿para quién ha de ser todo sino para el fruto de nuestro amor? Sí, Luciano, has dicho bien, todo para él, para ese sér que hemos esperado tanto tiempo y que ya empieza a agitarse en mis entrañas. Ya ves... la Virgen al fin nos hizo

el milagro.... De algo habían de servir mis oraciones y mis promesas. Ya ves....

Y la robusta serrana, como presa de sonrojo pueril, escondió el rostro en las callosas manos del labriego.

Un crepúsculo apacible invadía lentamente el paisaje. Blanda y aromosa, la brisa soplaba en las hojas de los castaños, produciendo un cuchicheo entrecortado. Allá lejos, contra el claroscuro del horizonte se recortaba la crestería de las sierras, y de la esquila aldeana llegaba hasta el cortijo un eco que en el silencio de la hora adquiría las cadencias de un himno.

*
* *

Y fue....

El muchacho crecía fuerte y lozano como los arbustos de la huerta. En el día se daba a correr por entre la aspereza de los riscos y la torvedad de los montes, y muchas veces le sorprendieron las sombras de la tarde en persecución de los potros, o en acecho de los cervatos a la orilla de la torrentera profunda.

Durante cuatro años, y cuando ya frisaba en los quince, muy juicioso y formal asistió el mozo a la escuela del poblacho vecino, y fue tal su precocidad que en ese tiempo se sorbió, como un vaso de agua, todo el saber del maestro, quien, en verdad de verdades, no era tan escaso de luces, como suele decirse. Hasta que no tuvo más qué enseñarle, y entonces, orgulloso de su obra, llamó a Luciano y le dijo:

—Ya nada me resta qué meterle en los sesos al muchacho. Todo se lo he hecho aprender. Ya ve usted, hasta al mismo señor cura le aventaja en el latín. ¡Vaya si es un portento el mocito! Ahora sí haga usted lo que quiera de él, señor Luciano, porque mi misión está cumplida.

No hay para qué decir que el viejo no cambiaba su felicidad por nada en la tierra. Todo en el mundo le parecía pequeño ante el montón de su dicha. Ahora sí que podía cumplir su deseo: mandar a Felipe a Bogotá para que estudiara una «carrera». Ahí estaban el campo y los animales y el trabajo de tantos años. ¡Bendito Dios que le había dado aquel hijo!

Y para él era todo. Aquel cortijo agazapado entre las breñas y circuido de praderías y granados; los cañaverales que se extendían a lo lejos, casi hasta perderse de vista; el hórreo, siempre lleno de abundancias; los extensos campos sembrados de legumbres; los apriscos con sus manadas de corderos; el trapiche, los corrales atestados de vacas y gallinas, todo, todo para él.

¿Y qué más? El amor de los viejos, porque, ello sí, Luciano y Rosalía se desvivían en querencias para el mozo, y era de oírlos cómo se hacían lenguas con el vecindario por encomiar las virtudes del hijo.

—¡Para inteligencias la que él tiene!—alardeaba Rosalía.

—¡Calla, y tan precoz que es el chico!—argüía Luciano.

—¡Y lo buen mozo!—agregaba la madre.

—¡Y sobre todo tan bueno!—añadía el padre.

Y entre comentarios y vaticinios sobre el muchacho, los dos esposos se pasaban la vida y lentamente envejecían a medida que aquél echaba cuerpo y forjaba planes para el futuro.

Y así fue como otro día, mientras Felipe con la escopeta al hombro andaba por las breñas, marido y mujer, tendidos, como aquella tarde, bajo el verdor de la pomarada, acordaron el viaje del mocete a la ciudad para que empezara la carrera.

—Ya sabes, Rosuca; hay necesidad de acabar su educación, para que algún día pueda ser el orgullo de estas

tierras. Ocho años de estudio, sí, ocho años, porque dicen que la medicina es carrera muy larga; pero en fin, el que algo quiere, algo ha de costarle. Ya sabes, dentro de dos días partirá; líale bien las maletas, prepárale todo, que no le falte nada, nada. Pero. . . cállate, Rosuca; si no se va a morir; no llores. . . mira. . . no llores. . . porque a mí también me haces llorar. . . ¡Rosa! . . . ¡Rosuca! . . .

Una tibia ventiscada cruzó el silencio del paisaje, y al topar con las ramas de los viejos manzanos produjo un ruido como de sollozo prolongado o de queja profunda. La esquila del puebluco vecino taladró los aires con una lamentación ondulatoria, y con la rapidez de una flecha un pájaro gris atravesó el espacio que ya empezaba a ensombrecerse.



Cuando el chico llegó a la capital, bisoño y cerril, gordo y brutalote como un jayán, creyó tener el cielo entre las manos. Se instaló en un *Boarding-House* elegante, y, días después, muy orondo se matriculó en la Escuela de Medicina, para empezar la carrera.

Enero mediaba. La ciudad, adormilada por el marasmo en que la dejaran los emigradores anuales, principiaba a despertar con el regreso de los veraneantes, y adquiriría de nuevo el movimiento regular de sus músculos.

Felipe amó la ciudad, y desde el primer día en que pisara sus calles terrosas, imaginó que nada más hermoso podía existir en el mundo. Y ella, la urbe traidora, la urbe tentacular, como una frágil y lujuriosa mujer, le abrió los brazos, le mostró sus miembros exangües y sus turgencias voluptuosas, y con jadeos agoniosos le dio a oler sus perfumes y sus llagas.

Los primeros años, el mozo fue un portento de asiduidad y constancia. El estudio le embargaba por completo y los profesores y condiscípulos admiraban su aprovechamiento. Sus cartas para los viejos eran siempre cariñosas y llenas de promesas; y las de ellos también infinitamente cargadas de dulzores, esperanzas y mimos. «Tu padre—le decía Rosalía en su última carta,—tu pobre padre, gotoso y lleno de achaques, ya no puede trabajar. Ojalá vengas pronto, mi Felipe, porque, tal vez, Dios no lo quiera, Luciano nos abandone presto».

En un principio el estudiante se inquietó de veras y quiso partir a la tierra; pero después reflexionó: «Achaques, puros achaques de viejo; chocheras, nada más que chocheras».

Sin embargo, las cartas afanosas menudeaban, y las últimas ya le venían en tono apremiante. A pesar de todo, esperó. Y el trueno no tardó en descolgarse, lacónico, incisivo, fatal:

«Tu padre ha muerto».

Fue como un mazazo que hubiera recibido en el cráneo. Pretendió huír, despedazar los textos del estudio, volar al cortijo, consolar a su madre, y, pasadas las primeras borrascas del dolor, ponerse al frente de la heredad, no pensar más en la maldita carrera, y dedicarse, como un buen campesino, al amor de los ganados y al cultivo de la naturaleza.

«Y todo eso. . . ¿para qué?—se dijo.—¿Dejar a Bogotá? ¡Imposible! Nada: mejor es no ir, ya no hay remedio. ¡Adelante!»

Y la ciudad, la morbosa, la indolente ciudad, como una hembra beoda y lasciva lo agarró a sus brazos en un vértigo de delirio y de fiebre.



El amor, las seducciones, el vicio, lentamente, mañosamente le tendieron sus redes. Y aquella naturaleza joven y propicia a todas las debilidades, no opuso resistencia. Primero con zozobra y apocamiento, después con ligeras intermitencias y por último con resolución y firmeza, se dejó llevar, obseso y tenaz, por el torbellino de las degeneraciones.

Un amor fácil y costoso. La conoció en el teatro, una noche, mientras en las tablas de la escena rugía Menelik consalvaje alarido.

Y desde aquella noche la amó, y día por día, olvidado de todo, febricitante de pasión y de deseos, derrochó a los pies de la hermosa ilusiones, porvenir y fortuna.

Ya de la pobre anciana que allá lejos, en la tranquilidad señera de los peñascos nativos, se consumía de tristeza, apenas se acordaba para pedirla dinero. La mentía que ya había acabado la «carrera», que estaba ejerciendo y que era solicitado como el mejor de los médicos. Por engañarla más le decía que pronto emprendería viaje al cortijo para traerla y con ella establecerse definitivamente en la ciudad, donde manejaba pingües negocios. Y así fue como la crédula Rosuca salió de todo: primero los animales, después el trapiche, a seguida las tierras, y la casa por último. Poco a poco le mandó al hijo la fortuna acumulada en largos años de labor fatigosa, y se quedó a esperarlo en la casa de un labriego vecino.

En tanto, Laura, la griseta codiciada y sabrosa; la conocida una noche en el teatro, con el sortilegio sibilino de sus gracias volvía al revés los sesos del incauto estudiante. Y él, abestiado, irreflexivo, loco, apuraba a sorbetes la taza del Amor, y como si fuese un parvulillo, se dejaba guiar por la veleidosa voluntad de la amada.

Ella amagó quererle, fingió desvaríos frenéticos de mimosa pasión, y acaso, talvez, pudo amarle un poco; pero si ello sucedió, fue un amor frío, afección pasajera y trivial, nacida únicamente por las valiosas y frecuentes dádivas con que la regalaba el tosco provinciano.

La catástrofe no se hizo esperar largo tiempo; tenía que llegar y llegó, dura, bárbara, cruel. El oro, salido a cántaros de las manos de Felipe, se agotó rápidamente, y Laura, al comprender en su amante la falta absoluta del precioso elemento, halló fácil modo de romper el falso hilo que los uniera. Un agudo recurso femenino, una fútil sutileza, en fin, un pretexto cualquiera, y lo despidió para siempre.... para siempre....

Felipe, entonces, se sintió miserable y débil; pidió dinero prestado, mas nadie le dio un céntimo siquiera; por un instante se arrepintió de sus calaveradas y torpezas; quiso luchar, reivindicar sus viejas prácticas juiciosas; pidió trabajo, aquí, allá, en todas las puertas, pero todas las puertas se le cerraron inmisericordes. Y se dio a vagar por las calles, angustiado y tembloroso.

Y andaba, como lastimosa visión, solo, sin rumbo, en un triste aniquilamiento físico, desechado por todas las gentes, pasando el día en los arrabales y la noche a la intemperie, roto el calzado y harapientas las ropas, que casi dejaban ver la esqueletada flacura de sus carnes.

Y así, en esa sucesión de pesadumbres y privaciones, mordido por el frío, acogotado por el hambre, vejeteaba por los barrios extremos, hasta que en la madrugada de un día brumoso fue recogido por la policía, agónico, desfallecido, moribundo, y llevado al hospital, entre las cuatro tablas de una roja camilla.

Mientras, Rosuca, cansada de esperar al ausente, dirigía sus pasos a la urbe traidora. En busca de él, cubierta de lágrimas, temblorosa y enclenque, avanzaba la pobre viejecita.



Felipe, tendido en el lecho, ya próximo a expirar, se estremecía en una horrible convulsión de delirio:

—Laura, Laura!.... amada mía!.... ingrata mía!.... ven, sí, ya vienes, al fin te compadeces de mí.... ya te acercas.... te veo llegar.... Bendita seas!....

Dolorosamente, apoyada en el brazo de la Hermana enfermera, una mujer se acercó al lecho del agonizante. Felipe, con las pupilas ya vidriosas, apenas la miró vagamente, pero de pronto, como poseído de una visión trágica, tendió las manos y pudo balbucir:

—Laura!.... Laura mía!....

Y aquella mujer, abiertos los brazos en cruz y lleno de lágrimas el rostro, cayó sobre el moribundo y con voz lamentosa y desgarrada gritó:

—Hijo mío! soy yo, tu madre.... Rosalía.... Rosuca.... Yo, hijo mío, que vengo a morir en tus brazos!....
.....

F. RESTREPO GÓMEZ.

REVISTA POLITICA

EL proceso electoral que comenzó el día 2 de mayo con las elecciones de Representantes al Congreso próximo, ha terminado en Cundinamarca con lo que la prensa denomina «El escándalo de Bogotá».

¿Existe en realidad un escándalo? Hé aquí los hechos en su desnudez:

Según consta de certificado expedido por el Secretario del Tribunal Seccional de lo Contencioso Administra-

tivo, quien tuvo a la vista el registro auténtico del Jurado Electoral del Municipio de Usme, en este lugar obtuvo el doctor Enrique Olaya Herrera 850 votos.

Los escrutadores de la Junta Electoral de la Circunscripción de Bogotá, según declara uno de sus miembros, sin alegar ninguna razón de orden legal ni de otra especie, resolvieron computar con 650 votos el mencionado registro de Usme.

Total: se redujeron de 850 a 650 los votos al computar los sufragios dados a uno de los candidatos populares. El doctor Olaya Herrera no vendrá al Congreso.

Pero no es esto todo. *El Espectador*, periódico que se ha distinguido por su correcta información, trae la siguiente gravísima noticia, de la que debe tener pruebas:

«El señor Manuel Restrepo Briceño declaró ayer, y está decidido a sostenerlo así, que el doctor Ramón Rosales, miembro del Tribunal de lo Contencioso Administrativo, fue a su propia oficina a ofrecerle que se comprometía a conseguir que no fuera anulada la elección de Soacha, siempre que el señor Restrepo Briceño prometiera—en cambio—que no escrutarian al doctor Olaya Herrera».

Suponiendo verídica la anterior afirmación, lo que no deseamos por honor de un partido político y de un alto Tribunal de Justicia, ¿cuál pudiera ser el interés del doctor Rosales, leader del bloque liberal en Cundinamarca, en que el doctor Olaya Herrera no fuese escrutado? La contestación nos la da el mismo señor Restrepo Briceño, miembro de la Junta Electoral de Bogotá, en carta dirigida a *El Tiempo*. Dice así en la parte pertinente:

«....El viernes de la semana pasada estuvo dicho señor (Rosales) en mi oficina... y me dio a entender claramente que podía contar con los votos de los miembros liberales de

la Junta para sostener la no anulación del registro de Soacha, siempre que dicho registro no tuviera ninguna causal de nulidad legal.... pero que sí les interesaba en sumo grado que el doctor Olaya Herrera no fuera a salir Representante, pues la presencia de dicho señor en la Cámara era un golpe de muerte para el bloquismo».

Al ocuparnos en este bochornoso asunto, no nos guía móvil alguno distinto de nuestra firme voluntad por que se cumpla la verdad y la pureza en el sufragio.

Los que pretendan retrotraer las prácticas electorarias a la vieja fórmula «el que escruta, elige», deben ser considerados como enemigos de la patria.

Aquí, donde todo se olvida, no se ha olvidado todavía que mucha de la sangre derramada tuvo por causa la falta de honradez política en escrutinios y elecciones.

Cuando un pueblo pierde la fe en sus jueces su conciencia vacila y se oscurece su noción de derecho.

Colocar la justicia—y de ella son representación las Juntas Electorales—por encima de toda pasión y de todo interés, es el primer deber de los gobiernos. Denunciar sus errores o sus debilidades, es el primer deber de la prensa.

El señor Rosales ha rechazado la categórica aseveración del señor Restrepo Briceño y ha presentado formal acusación en contra de *El Espectador* por el delito de calumnia. Nos parece que es su deber. Pero cabe aquí preguntar:

¿Quién le devuelve al candidato expoliado los 200 votos que no le fueron computados, aun cuando con ellos no alcance a ser elegido?

¿Existe un Tribunal que decida si tal expoliación fue involuntaria, debida a error aritmético, o resultado de premeditada combinación?

Hé ahí dos preguntas necias, se nos dirá. De antemano se sabe que no recibirán respuesta.

Y este asunto, como tantos otros, quedará misericordiosamente sepultado en el seno de la madre tierra.

*
* *

Las dificultades para el transporte marítimo, sobrevenidas por la guerra europea, nos obligan a pensar seriamente en la realización inmediata de una de las primeras necesidades a que debe atender nuestro comercio, y de la cual deberá ocuparse de modo preferente el próximo Congreso. La creación de una *Compañía Colombiana de Navegación Marítima*, proyecto encabezado por la firma de Alejandro Angel & C.^a, de Nueva York, viene a probar que el movimiento de importación y exportación que tiene hoy Colombia es ya suficiente para sostener con los Estados Unidos un servicio permanente de buques que naveguen bajo nuestra bandera. Por otra parte, el Artículo II del Tratado pendiente con Washington que reconoce tarifas preferenciales de tránsito por el Canal y el Ferrocarril de Panamá a las industrias y productos naturales del país, daría a nuestra marina ventajas cuya verdadera importancia sería difícil apreciar todavía.

El comercio de Colombia ha vivido sujeto hasta ahora a la voluntad de compañías extranjeras de navegación que le han hecho la distinción de imponerle tarifas especialmente elevadas. Según datos que tenemos a la vista, aparece que los exportadores de café del Brasil pagan por flete de cada saco enviado a Nueva York \$ 0.40, al paso que el café que sale de puertos colombianos con el mismo destino, tiene que pagar \$ 0.65, aunque la distancia sea menor de la mitad. Los buques que intermitentemente hacen el tráfico con Buenaventura, cobran la exorbitante suma de \$ 1.60. Tales diferencias, cuyo perjuicio para el

comercio y para la riqueza nacional a la larga es innegable, no tienen otro motivo que la imposibilidad en que hemos estado de imponer nuestras condiciones, apoyados en alguna competencia de tarifas. El *Boletín Comercial* de Medellín anota también que *The United Fruit C.º*, no contenta con los fletes que exige, ha impuesto un tributo más al café de Colombia, descargándolo en Brooklyn, lo que implica el recargo de acarreo a Nueva York.

Teniendo en cuenta que sólo por fletes del café exportado a los Estados Unidos en el año pasado, se pagaron \$ 545.702-95; que esta exportación es casi igual a la de Venezuela, Méjico y América Central reunidas; que nuestra posición geográfica nos asegura ventajas excepcionales, y que los arreglos diplomáticos con la Casa Blanca habrán de darnos quizás preferencias en el Canal, puede afirmarse que la creación de la marina mercante colombiana es empresa que tendrá desarrollo seguro y rápido; con tanta mayor razón cuanto que ella puede comenzar fletando buques al efecto.

Ya en 1911 se había constituido en Nueva York una sociedad denominada *The Colombia National Steamship C.º*, cuyo objeto era establecer una línea de vapores entre Colombia y los Estados Unidos, con escala en la Habana, para fomentar el comercio de importación y exportación entre ambos países, ofreciendo considerables reducciones en fletes y pasajes. Las acciones iban a lanzarse, dando preferencia al capital colombiano; la compañía se regiría por nuestras leyes y sus buques navegarían bajo nuestro pabellón. El proyecto encalló, a pesar de su conveniencia, por la tensión que existía entonces entre las dos naciones.

Hoy la situación es distinta: el intercambio comercial va en aumento al mismo tiempo que se espera satisfactoria resolución de los problemas diplomáticos pendientes. La idea que acaba de revivirse reclama la cooperación ofi-

cial en la parte correspondiente, relativa a concesiones especiales por derechos de puerto, tonelaje, faros, etc. Debemos convencernos de que, sin el apoyo franco y definido que se preste a empresas como la de que tratamos, ni el capital extranjero afluirá al país ni el comercio podrá libertarse del tutelaje a que ha estado sometido. Claro es que tal apoyo en ningún caso debe extenderse hasta otorgar ventajas de tal excepción que puedan constituir un monopolio, con detrimento de nuevas iniciativas en igual sentido.

Brasil, Argentina, Chile, Perú, dieron su primer paso de ensanche comercial acometiendo la organización de líneas propias de vapores, y alguna de ellas logró imponerse hasta el punto de vencer, en competencia de tarifas, a la más antigua y poderosa de las compañías europeas de ese tiempo.

Basta un ligero estudio del movimiento comercial de Colombia y de las cifras que bota al mar anualmente en fletes marítimos, para convencerse de que ha llegado la hora de tener una marina mercante nacional.

LA DIRECCIÓN.

Junio de 1915.

LA DESCONOCIDA

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PUBLICADOS:

El Coronel Arturo Lenox se dirige a Petrograd para ver a su hija. En la frontera rusa, una elegante joven, de deslumbradora belleza, consigue de él que, aprovechándose de que en el pasaporte del Coronel figura también el nombre de la señora Lenox, acceda a hacerla pasar como su mujer, consiguiendo así entrar en Rusia. Hasta Petrograd Lenox representa el papel de marido, que aceptó con tanta ligereza. Pero comprendiendo tarde lo peligroso de su situación, se decide a no prolongar por más tiempo la impostura. Provoca entonces una explicación con Elena—es el nombre de su pretendida esposa.—Con estupor escucha su declaración de que ambos corren un gran peligro. Y en tanto que ella habla, Lenox ve que empuña resueltamente un revólver de bolsillo. La que en Rusia pasa como su mujer, es una nihilista! El Coronel piensa por un momento en ir y confesarlo todo a la policía; pero perdería a Elena, y se perdería él también: ¿acaso no se ha hecho cómplice de la bella conspiradora al prestarle su pasaporte y al presentarla como su esposa tanto a su familia como al mismo jefe de la policía secreta, el barón Friedrich? Pasa una noche sin que Elena regrese al hotel. Lenox queda sumido en la mayor perplejidad. La Desconocida vuelve al amanecer. De común acuerdo resuelven salir inmediatamente de Rusia. En vano uno de los primos de Lenox, Sacha Weletsky, insiste para que Elena, a quien hace la corte, vaya al baile de la condesa Ignatief: ella persiste en su resolución de viaje. El rumor se difunde de que el Zar asistirá al baile. Al día siguiente, en el instante de partir, Lenox recibe la noticia de que Elena resuelve quedarse y asistir al baile. En la carta en que le comunica su determinación, ella le ruega que parta solo. Lenox se dirige a la estación del ferrocarril.

¡Se me abrió la puerta de la ratonera! Antes de salir, lancé una mirada al cuarto de Elena. Para siempre me separaba de aquella mujer que durante los últimos días había representado papel tan terrible en mi existencia. Entonces vi sobre el piso un papel doblado, como si se le hubiese deslizado por debajo de la puerta. Tomé la carta, la abrí rápidamente y leí:

«Si en algo estima su honor de esposo, no debe usted dejar sola a su mujer en poder de su rival».

Se veía que la letra, aun cuando disfrazada, era de mujer.

El pensamiento me asaltó de que si Elena se quedaba en Rusia no era por causa del baile sino de Sacha. . . . De pronto los celos, celos locos y lancinantes, me mordieron el corazón. ¡Dejarla con Sacha! Permitir que se amasen. . . . ¡Imposible! Claramente vi el inmenso peligro que corría al quedarme. Pero si ella era capaz de conjurar el suyo, también yo podría desafiar el mío. Ella había tratado de aterrarme y obligarme a huír para quedar en libertad con su amante. ¡Esto no podría yo permitirlo!

Descendí con la maleta en la mano a la oficina, pagué la cuenta y anuncié que mi mujer quedaría por algunos días en el hotel. Tomé un coche y me arreglé para llegar con retardo a la estación del ferrocarril. En efecto, silbaba la locomotora cuando descendí del carruaje. ¡De nuevo se cerraba la puerta de la ratonera! Debo confesar que un ligero escalofrío me recorrió el cuerpo; en cualquier momento podría caer sobre mi espalda la mano de la policía rusa. Regresé al hotel. ¡En el salón encontré a Elena y a Sacha!

Su rostro, al verme, expresó el más sincero de los espantos.

—¡No se ha ido usted, Arturo! ¡Dios mío, no se ha ido usted!

En cuanto a Sacha, con desenvoltura que maldije y envidié, me dijo:

—Querido Lenox, usted irá al baile de los Ignatief. La desaparición de su señora en la mañana obedece a una pequeña intriga combinada por la princesa Palitzine y por mí, a fin de impedirle a usted que alejara de Petrograd a quien será la reina de aquella fiesta. Esté usted prepa-

rado para las diez de la noche, querido Coronel. Sin falta, eh? La señora bailará conmigo.

La audacia de aquel mozalbete hizo que la sangre me subiese al rostro. No sé qué le hubiera respondido si en ese preciso momento no hubiese entrado la princesa Palitzine. Cuando Sacha y la princesa se retiraron, quedámos Elena y yo solos, frente a frente. Me miró con angustia, y exclamó:

—¡Dios mío! ¿Por qué no partió, como se lo encarecí? ¡Usted lo ha querido, que se cumpla su destino!

Entró a su cuarto y dejó entornada la puerta. Yo recorría a grandes pasos el salón, mordiendo mi cigarro y aplaudiendo mi resolución. Aquí me encontraba para protegerla contra el brillante oficial por cuyo amor ella arriesgaba su libertad y su vida!

Al pasar ante su puerta vi con sorpresa que ella, la elegante y hermosa dama a quien no creía capaz de manejar la aguja, se ocupaba en coser algo en su magnífico traje de baile.

—¡Cómo! dije con ironía, ¿no se juzga digna todavía de la admiración de Sacha?

—No se trata de eso, dijo con voz sumisa, que me llenó de asombro. El traje carece de bolsillos, y le pongo uno.

—¡Un bolsillo en un traje de baile! ¿Qué piensa poner en él? ¿Un pañuelo, un frasco de perfume?...

—¡No me atormente, se lo ruego! Déjeme aquí sola con Dios y mi conciencia.

—¡Ah! ¡Le remuerde la conciencia! ¡Sin duda a causa de Sacha!

Y repetidamente le lancé al rostro aquel nombre, como una injuria. Comí en el club y regresé al hotel media hora antes de partir para el baile, en donde tendría que vigilar a la mujer que llevaba mi nombre.

El salón estaba en oscuridad. Al atravesarlo para llegar a mi cuarto, oí como un suspiro en su alcoba; la puerta estaba entornada. Me aproximé, pero hube de retirarme movido por un sentimiento mezcla de admiración y de respeto.

De rodillas al pie del lecho, vestida con su blanco traje de baile, no menos blanco que su espalda y sus brazos, Elena oraba. Se diría que en su ruego imploraba perdón para un condenado a muerte, gracia para una alma que dentro de cortos instantes traspasaría el umbral del reino de las sombras, para siempre perdida en este mundo y en el otro.

VIII

Cosacos en gran uniforme y la servidumbre de la casa en librea de gala formaban la guardia a la entrada del magnífico palacio de los Ignatief.

Rodeados de tan imponente aparato, «mi mujer» y yo entrámos a los salones. La emoción que la dominaba la hacía más hermosa que nunca.

De grupo en grupo circulaba la gran noticia: el Zar honraría el baile con su asistencia.

—¿Está usted segura que vendrá? preguntó Elena a la princesa Palitzine, no bien la hubimos saludado.

—¿El Zar? Ciertamente, vendrá. Sus chambelanes se hallan a la puerta y su guardia presta el servicio.

¿Era efecto de los miles de focos de luz que inundaban los salones, o de la emoción por asistir a tan hermoso espectáculo? No lo sé. Es lo cierto que Elena estaba muy pálida. Se tornó lívida cuando alcanzó a distinguir entre los invitados al barón Friedrich, el jefe de la policía secreta. Creí que desfallecía cuando el barón, acercándose, dijo, sonriente:

—Veo con placer que la señora ha cambiado de parecer. Seguramente este baile le ha hecho aplazar su viaje....

—¿Qué no sacrificaría una mujer por asistir a parecida fiesta? dijo ella irguiéndose y esforzándose por sonreír.

Era la verdad que el espectáculo que teníamos ante la vista era de inolvidable esplendor: la magnificencia oriental se mezclaba a todos los refinamientos de occidente. La vasta galería había sido transformada en encantado jardín, donde plantas exóticas y flores exquisitas formaban, bajo torrentes de luz, verdaderos bosquecillos de hadas. El oro, los perfumes, las piedras preciosas, daban la impresión de fiesta de las *Mil y una Noches*. Mi admiración no impedía que vigilase a mi esposa, la «bella americana», como la llamaban Sacha y los brillantes oficiales que se disputaban el honor de inscribir su nombre en sus programas.

Bailaba maravillosamente. Pero parecía prestar tan poca atención a las galanterías de que era objeto, que juzgué innecesaria mi vigilancia marital e invité al barón Friedrich a que fuésemos a tomar una copa de champagne.

—Con el mayor placer, Coronel.

Una sonrisa iluminó su rostro. Pero de nuevo se dibujó sobre su frente el pliegue que denunciaba su constante preocupación. Un oficial de servicio se acercó y pronunció a su oído algunas palabras rápidas: un informe, seguramente. Reanudé la conversación, temeroso de que el informe no tuviese relación con alguien por quien yo me interesaba.

—¿No piensa usted bailar esta noche?

—Imposible: usted ve que estoy en ejercicio de mis funciones. No veo la hora en que pueda retirarme. A la una se servirá la cena, luego vendrá la mazurca de honor. La corte asistirá a nuestro baile nacional; cuando ella se

retire podré irme para mi casa: será un gran descanso, créamelo usted.

—¿Llegará tarde el Zar?

—Es su costumbre. Así se da tiempo para que chambelanes e inspectores rindan sus informes y pueda saberse si dentro del cordón de tropas existe alguna persona sospechosa.

Su aire de absoluta confianza me tranquilizó: no sospechaba de Elena.

Una marcha anunció la cena. Conduje a la señora Weletsky y Constantino a la princesa Palitzine. En cuanto a Elena, prefirió la compañía de un círculo de jóvenes de los cuales era Sacha el jefe.

De pronto los acordes de los violines de la orquesta dieron principio a la introducción del baile nacional. Un gran círculo se formó en el salón de honor. Me acerqué para presenciar el deslumbrador espectáculo. ¡Cuál no fue mi asombro al ver que Elena, conducida por Sacha, rompía el desfile de brillantes parejas! ¿Tendría ella la audacia de «conducir» una danza en la cual sólo eran maestros los rusos, los húngaros y los poloneses?

Pero «mi esposa» parecía no haber perdido su serenidad. De pronto la vi palidecer.

Las bandas militares ejecutaron el himno nacional. Los oficiales de servicio formaron calle de honor. El autócrata de todas las Rusias entró al salón. Una expresión de triunfo transfiguró el rostro de Elena. Los invitados, de pie, se inclinaron ante el amo de noventa millones de hombres. La pareja imperial tomó asiento sobre un estrado, en el fondo del salón, rodeada de las damas de honor y de los oficiales de la Corte.

A una señal de la orquesta, Sacha y Elena se lanzaron: empezaba la mazurca. Otras parejas los siguieron. El torbellino se animaba, encajes flotantes dejaban ver piecitos ágiles en tanto que las espuelas de oro de los

oficiales acompañaban la orquesta con campanileo característico.

Poco a poco me había seducido aquella música que de manera tan perfecta traducía la pasión del alma eslava. No perdía de vista a Elena; su ardor y su gracia la hacían encantadora. Pero hé aquí que de pronto me invadió un frío mortal. Acababa de sorprender una mirada, una sola, que Elena lanzó al Zar.... Imagínese el rayo que alumbra la pupila del tigre al lanzarse sobre su presa. Maldición! El velo se rompía. Comprendía al fin! Aquella fatal mujer había quedado en Rusia con el solo objeto de encontrarse frente a frente con el Emperador.... y de darle muerte!

En súbita iluminación interior deduje todas las pruebas. Ayer noche había aceptado la idea de viaje; pero supo que el Zar asistiría a la fiesta y comprendió que se le presentaba una ocasión decisiva y única. Entonces resolvió quedarse, no por amor a Sacha, sino por odio al Emperador. El bolsillo en el traje de baile serviría para ocultar el pequeño revólver con que habría de asesinar, en la sala de baile, al soberano de Rusia!

Al mismo tiempo que el horror de semejante crimen, sus terribles consecuencias se presentaron a mi espíritu. Si el atentado se consumaba, ¿qué suerte correrían tanto los Weletsky como la princesa Palitzine, que le había facilitado el asistir al baile? ¿Cuál sería mi suerte, yo quien la había introducido en Rusia como «mi mujer» con ayuda de un falso pasaporte; yo quien ex profeso había perdido el tren de la mañana? Todo me acusaría de complicidad y de premeditación.

¡Dios santo! Tanto valía que por mi propia mano diese muerte al Zar. Me bañaba sudor frío. El corazón palpitaba como si fuese a estallar. Sentí que el delirio invadía mi cerebro.

Entre tanto la música, acompasada y solemne, inundaba el palacio en torrentes de armonía.

En medio de aquel caos, una idea fija me taladraba las sienes: obrar, hacer algo que nos salvara a todos! ¿Qué?... ¿Si lo confesase todo al barón Friedrich? Instintivamente volví los ojos hacia él....

El jefe de la policía contemplaba la mazurca al través de las gafas azules. ¡Qué espectáculo a la vez atroz y desconcertante el de aquella mujer que bailaba en delicioso abandono y cuya mirada denunciaba la locura del crimen! Por un instante pensé en acercarme al barón y decirle: «¡Por la Rusia y por el Zar detenga a mi mujer!»

Me contuvo el pensar que también sería yo arrestado.

Quise reflexionar; mi razón vacilaba. Antes de terminar la mazurca, Elena no podría acercarse a la imperial pareja. Cumpliendo su promesa, la condesa Ignatief al saludar al Emperador presentaría a Elena. Su Majestad la miraría, y al inclinarse en una reverencia, ella lo mataría!

¡Preciso era obrar! De lo contrario, el barón Friedrich.... No supe qué hacer.... Llevé la mano al corazón, sobre el bolsillo del chaleco: había en él un paquete.... ¡Los polvos!.... El opio.... La insensibilidad: hé aquí la salvación! Ella enferma, insensible, yo conduciéndola al hotel.... ¿Qué medio encontrar para obligarla a tomar las papeletas salvadoras?

Ella continuaba danzando.

Corrí al comedor y pedí una copa de champagne. Sin que nadie lo viese vertí en el vino los polvos. Mi plan consistía en ofrecerle la copa en el instante en que terminase la mazurca. La droga obraría rápidamente en su delicado organismo. Quizá la dosis fuese peligrosa, pero en semejantes momentos era preciso obrar, y rápidamente.

A fin de salvar las apariencias, pedí una segunda copa. A cada instante creía que escucharía una detonación....

Entré al salón cuando terminaba la mazurca. Me aproximé a Elena, quien agitada por la danza, seca la boca y los nervios en tensión como si la fiebre la consumiese, tomó la copa y bebió con avidez.

Acaso notó que el champagne tenía un sabor particular. Me miró con mirada interrogadora, pero exclamé riendo:

—¡A su salud, querida! ¡Ha bailado usted la danza nacional como una circasiana!

Y apuré el contenido de mi copa.

—La última vuelta, ¿quiere usted? dijo Sacha.

Elena se lanzó con más ardor que nunca.

Pero bien pronto la fatigó la rapidez del baile y la invadió extraña languidez. Cuando calló la orquesta tuvo necesidad de toda su energía para vencer por un instante la influencia del opio. El Zar se puso de pie. Era el momento de la presentación.

Por singular coincidencia, la orquesta ejecutó la partitura del Baile de Máscaras, de Verdi. En la atmósfera flotaba, con el perfume de los azahares, la armonía de aquella música de muerte. Yo estudiaba los efectos del opio sobre las facciones de Elena. Su paso vacilaba, apoyada en el brazo de Sacha. Su mirada se clavaba en el Emperador: ¿se le escaparía su víctima? Rápidamente me acerqué a Sacha.

—Mi mujer se halla indispuesta, le dije. Permítame usted....

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando Elena vaciló y cayó.

La recibí en mis brazos. Logró, sin embargo, ponerse de pie y abrirse camino hacia el Emperador. Su mano buscaba el bolsillo del traje y quiso empuñar el revólver. Le tomé la muñeca. Entonces luchó con toda su fuerza a fin de libertarse.... ¡Los instantes huían; la ocasión suprema pasaba para siempre!

Un suspiro, un gemido.... El opio la dominó. Y desfallecida se durmió en mis brazos, a pocos metros de distancia del soberano a quien pretendió sacrificar.

R. H. SAVAGE.

(Continuará).

Traducción especial para REVISTA MODERNA.

De la Ciudad.

Con el presente número se completa el tomo I de REVISTA MODERNA (primer semestre).
Nuestro primer volumen.

La muy favorable aceptación que ha encontrado en el público, nos obliga a no omitir esfuerzo para hacer de REVISTA MODERNA selecto repertorio en cada una de sus diversas secciones.

Al mismo tiempo que damos las gracias a nuestros abonados, nos es grato anunciar que el *Departamento de Informaciones y Comisiones Gratuitas* de REVISTA MODERNA, está prestando eficaces servicios a los lectores departamentales.



Biblioteca Nacional.

La Academia Nacional de Historia se ha dirigido al Ministerio de Instrucción Pública, manifestándole la necesidad de levantar un edificio apropiado para la Biblioteca y Archivos nacionales. «Convendría como medida previa—dice la docta Corporación—se abriera por el Gobierno un concurso sobre el plano para esta obra, y se oyera el dictamen de la prensa sobre el sitio a propósito para ello».

José A. Silva. El 23 de mayo se cumplió el XIX aniversario de la muerte del poeta. Con este motivo el diario *La Patria* consagró a su memoria edición especial, en la que hallamos estudios críticos, elegías y recuerdos íntimos de los siguientes escritores:

F. García Calderón, V. M. Londoño, Emilio Cuervo Márquez, Juan E. Manrique, Alfredo de Bengoechea y Daniel Arias Argáez.

Entre los escritos de Silva, insertados en ese número, figura un fragmento de la hermosa novela *De Sobreemsa*, aún inédita.

Felicitamos a la Dirección de *La Patria* por el recuerdo que dedicó al más original y alucinante de nuestros poetas.



Ferrocarril del Nordeste. Las concesiones otorgadas por los gobiernos de Cundinamarca y Boyacá para la construcción del Ferrocarril del Nordeste, que partiendo de Bogotá terminará en la ciudad de Soatá y que habrá de recorrer las fértiles regiones del Guavio y Sogamoso, han sido tomadas por las firmas Samper Brush y Pineda López.

La realización de esta obra, importante como lo es para nosotros el desarrollo ferroviario, será de incalculables consecuencias para el progreso comercial y agrícola de centros que están llamados a inmediato porvenir de prosperidad.



Gobernadores. El Poder Ejecutivo ha designado los siguientes Gobernadores para el próximo período legal: ANTIOQUIA, Pedro J. Berrío; ATLÁNTICO, Teodosio Goenaga; BOLÍVAR, Ramón Rodríguez D.; BOYACÁ, Alejandro Motta; CALDAS,

José Ignacio Villegas; CAUCA, Miguel Arroyo Díez; CUNDINAMARCA, José Ramón Lago; HUILA, Alejandro Villoria; MAGDALENA, Rafael de Armas; NARIÑO, Hermógenes Zarama; NORTE DE SANTANDER, Luis Febres Cordero; SANTANDER, Ernesto Valderrama; TOLIMA, Alejandro Caicedo; VALLE, Miguel Guerrero.

**Importante
publicación.**

Nos parece de la mayor trascendencia la idea emitida por la Academia Nacional de Historia, referente a que sería obra laudable la pronta publicación del catálogo del archivo anexo a la Biblioteca Nacional, el cual existe manuscrito en tres libros. El extravío o deterioro de éstos, ya que se hallan inéditos, sería pérdida irreparable. Al imprimirse el catálogo se evitaría el peligro apuntado y podría darse a conocer en el país y fuera de él ese importante tesoro de nuestra historia.

Un respetable grupo de capitalistas **Banco de Caldas.** compuesto de los señores Pinzón y C.^a, Francisco Jaramillo O., Alejandro Angel & C.^a, Angel López & C.^a, Piedrahita Hermanos & C.^a, Gómez Hermanos & C.^a, Alejandro Gutiérrez, Botero Toro & C.^a, Juan A. Toro e Hijos y Francisco A. Mejía, ha fundado en la ciudad de Manizales un establecimiento bancario denominado *Banco de Caldas*, cuyas operaciones serán las usuales en esa clase de instituciones. Su capital será de \$ 200.000 oro, distribuido en 10.000 acciones de a \$ 20 oro cada una, las cuales han sido suscritas entre los socios fundadores.

BIBLIOGRAFIA

La Colombie Economique por René Roger, doctor en Derecho, con un prólogo del doctor N. J. Casas. (Librería de R. Roger & F. Chernoviz, París).

Este es un hermoso volumen, de cerca de 450 páginas, que acaba de ver la luz pública en París. Llega muy a tiempo, en los precisos momentos en que la atención del mundo se concentra en Colombia con motivo de la apertura del Canal de Panamá. Es un libro serio, meditado y escrito con conciencia. Como lo advierte el prologuista, es una obra principalmente económica, destinada a mostrarles al capital y a los emigrantes europeos las posibilidades de una espléndida región americana admirablemente situada en el centro del Continente y con costas en ambos océanos. Además, el libro hace resaltar que en Colombia los extranjeros gozan de los mismos derechos que los nacionales. Esta obra ejercerá grande y favorable influencia respecto de Colombia. (*Revista de Bibliografía*, Santiago de Chile).

Don José Mejía y Lequerica en las Cortes de Cádiz de 1810 a 1813, por Alfredo Flores y Caamaño (Maucci, Barcelona).

Comprende esta obra la labor del orador ecuatoriano, que fue diputado a las Cortes de 1810 a 1813. No hubo casi debate de importancia en el cual no tomara parte. Sus discursos, que pasan de un centenar, son poco conocidos en América. Asistió a las sesiones como representante del Nuevo Reino de Granada, y se distinguió de manera brillante por sus campañas de tribuna contra Bonaparte y en favor de la reconstitución de la monarquía liberal y del mejoramiento de legislación sobre colonias. Con el asturiano Argüelles encabezaba los dos grandes partidos en que se hallaban divididas las Cortes; Mejía Lequerica influyó de manera poderosa como leader de la representación colonial, lo que le valió el nombre de *Mirabeau americano*.

Entre los puntos tratados por él, merecen mención especial: abolición de la esclavitud, igualdad representativa de América en las Cortes, acercamiento de relaciones oficiales con las colonias, extensión de las *mitas* entre la población aborigen y supresión del tribunal del Santo Oficio.

LIBROS. Y REVISTAS

Agradecemos el envío de las siguientes publicaciones:

LIBROS.—*Simón Bolívar por los más Grandes Escritores Americanos* (Madrid). *Luna de la Patria y Otros Poemas* por Francisco Contreras (Santiago de Chile). *Paisajes Sentimentales* por Alfredo E. Martínez (Montevideo). *Gritos del Combate* por Darío García Valdés (Santander, Cauca). *Curso de Derecho Civil Español* por Eduardo Rodríguez Piñeres (Bogotá). *Lecciones de Historia Universal* por Germán B. Jiménez (Barranquilla). *Geografía Elemental de Colombia* por An-

gel M. Díaz Lemos (Medellín). *Libro Blanco de la Crisis Europea* (San Sebastián). Rodó por Alejandro Andrade Coello (Quito).

REVISTAS.—*Revista de Filosofía*, José Ingegnieros, números 1 y 2 (Buenos Aires). *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, Emilio Vaisse, números 6 a 12 (Santiago de Chile). *Hispania*, S. Pérez Triana, número 41 (Londres). *Letras*, Isaac J. Barrera, número 29 (Quito). *Bloques*, R. Leonidas Torres, número 4 (Táchira, Venezuela). *Proteo*, Montiel Ballesteros, número 2 (Montevideo). *Colección Ariel*, J. García Monge, números 54 y 55 (San José de Costa Rica). *La Miscelánea*, Carlos A. Molina, números 12 y 13 (Medellín). *Alma Nueva*, C. Correa Uribe, G. Restrepo y L. C. Puerta, número 2 (Manizales). *Horizontes*, RR. PP. de la Compañía de Jesús, número 45 (Bucaramanga). *Cuba Contemporánea*, Carlos de Velasco, mayo, 1915 (Habana). *Revista Bimestre Cubana*, Fernando Ortiz y Ramiro Cabrera, enero, febrero, 1915 (Habana). *Alpha*, Antonio J. Cano, Ricardo Olano, número 86 (Medellín). *Panida*, Félix Mejía A., número 8 (Medellín). *Boletín Comercial*, Benjamín Moreno, números 26-28 (Medellín).